

HACIA UN NUEVO RENACER

UISG BOLETÍN

NÚMERO 138, 2008

INTRODUCCIÓN 2

Hna. Raffaella Colucci, ASC

**AUTORIDAD-OBEDIENCIA EN LA VIDA RELIGIOSA
A PROPÓSITO DE LA INSTRUCCIÓN “FACIEM TUAM”** 4

P. J. Rovira, CMF

DI A ESTA GENERACIÓN: ¡AVANZA! 22

Fray Moacir Casagrande, OFMcap

CORRIENDO PARA ALCANZAR AL ESPÍRITU : ESPÍRITU DE ESPERANZA 31

Hna. María Chin, RSM

**DESCALZOS ANTE DIOS, DESCALZOS CON EL PUEBLO
III ENCUENTRO NACIONAL DE VIDA RELIGIOSA JOVEN** 41

Manuel Ogalla, CMF

DE CAMBOYA A EMAÚS 45

Claire LY

INTRODUCCIÓN

Hna. Raffaella Colucci, ASC

Original en italiano

“Hacia un nuevo renacer”

Señor ve al frente de nosotros, guíanos en el camino y alúmbranos con tu columna de fuego (Cfr. Ex 13,21) para que nuestros ojos puedan contemplar los nuevos senderos que indican los autores de los artículos de este Boletín, rico en novedad y también en riesgos. En varios de los contenidos se percibe el deseo de dar un nuevo impulso a la Vida Religiosa Consagrada.

El artículo del *P. J. Rovira, CMF*, **“Autoridad-obediencia en la Vida Religiosa, a propósito de la Instrucción” “Faciem Tuam”**, inspirado en la reciente Instrucción de la CIVCSVA “El servicio de la autoridad y la obediencia” (2008), retoma el servicio de la autoridad y de la obediencia en tres aspectos: 1. La obediencia se debe sólo a Dios, siguiendo a Cristo como modelo de obediencia a la voluntad del Padre. 2. La insistencia sobre el aspecto fraterno-comunitario y la realidad de la madurez humana en cuyo contexto se va a vivir tal servicio. 3. El conocimiento de los propios límites sea de quien obedece como de quien manda. De aquí las comprensibles tensiones, las dificultades que hacen que la obediencia sea más plena, más verdadera, porque humanamente es más madura. En definitiva la obediencia debe ser un camino de comunión basado en la humildad, para vivir en comunión, al servicio de la misión.

Fray Moacir Casagrande, OFM, centra en los capítulos 14 y 15 del libro del Éxodo, su artículo: **“Di a esta generación: avanza”**, para estimular y profundizar la situación actual de la Vida Religiosa Consagrada. Las dificultades, la desconfianza, la rebelión y el deseo de regresar a Egipto acompañan a los Israelitas a lo largo del camino en el desierto. Refiriéndose a la Vida Consagrada: ¿Cuál es nuestra relación con “Egipto”? ¿Cuál es nuestra opción: morir como esclavos para recibir la sepultura en ese “Egipto”, o morir libres? Moisés nos invita a caminar en la fe.

Del artículo **“Correr para alcanzar al Espíritu: Espíritu de esperanza”** de la *Hna. María Chin, RSM*, emana un clima de renovación espiritual. La Hna. María Chin nos comunica su ansia de seguir al Espíritu para encontrar la inspiración para esta conferencia. Valiéndose de las sugerencias de algunos

especialistas reconocidos, explica algo que es verdaderamente arriesgado, audaz: creer que el Espíritu de Dios está presente y vivo en la historia humana, que invita y compromete a pueblos y comunidades a actuar, a participar en la vida de Dios, a descubrir cuál es Su voluntad para hoy.

En su artículo **“Descalzos ante Dios, descalzos con el Pueblo”**, el joven misionero claretiano, *Manuel Ogalla, CMF*, nos indica el camino a recorrer para llevar este mensaje de amor. Los jóvenes religiosos españoles se presentan como *Vida Religiosa Joven*, apasionados por Cristo y por la humanidad, deseosos de anunciar, sin miedo y sin vergüenza, que la esperanza se llama Cristo. Redescubren a Moisés como icono que ilumina su vida para experimentar su cercanía a un Dios que parecía distante. El encuentro transformante con Dios, como en Moisés, provoca en ellos la necesidad de *quitarse las sandalias*, despojarse de las ingenuas seguridades y manifestarse sin ambigüedad, mendigando la Gracia. Las palabras de Dios a Moisés *“Yo estaré contigo”* dan a los jóvenes religiosos la certeza de que Dios convierte las muletas en trampolines, la pequeñez en grito profético, la frialdad en fuego que arde.

La señora *Claire LY*, en su artículo **“De Camboya a Emaús”**, nos ofrece un ejemplo de lo que significa “quitarse las propias sandalias y calzar las sandalias del otro”. Narra su camino de conversión del budismo al cristianismo. Subdivide el breve testimonio en tres tiempos o rupturas: 1. La Mujer desplazada, 2. La Mujer inmigrada, 3. La Mujer discípula. Compara la vida con un tejido que se elabora... pero a menudo el hilo del tejido se rompe. Es lo que ha experimentado en su vida, en el paso de mujer budista a mujer cristiana. En un cierto momento de su camino, siente que alguien irrumpe en su vida y descubre que ese alguien es el Dios Amor que camina con ella, en el odio. Así, el encuentro con el Evangelio de Jesucristo desencadena en ella un diálogo intra-religioso entre dos culturas, entre la tradición budista y la tradición cristiana. Diálogo que da vida a una hospitalidad espiritual entre la budista y la cristiana, vivida en el respeto de una por la otra, en un largo camino hacia Emaús.

Como se ha subrayado, los autores ofrecen nuevos fermentos para una misión renovada, pero esto conlleva un paso difícil: de una vida segura, vivida en lugares seguros, gracias a un itinerario ya trazado, a lugares en donde hay ausencia de Dios, pobreza..., donde hay que trazar nuevos caminos. Se trata de avanzar *“Hacia un nuevo renacer”* con ese dinamismo, fruto del amor de Dios, que transforma nuestra vida y el mundo que nos rodea.

AUTORIDAD-OBEDIENCIA EN LA VIDA RELIGIOSA

A PROPÓSITO DE LA INSTRUCCIÓN “FACIEM TUAM”.

Padre J. Rovira, CMF

El Padre J. Rovira, CMF, Misionero Claretiano, nació en Vic (España, en 1942). Es Licenciado en Teología por el entonces “Studium Claretianum de Urbe” (1969) y Laureado en Teología Moral por la Academia Alfonsiana (1973). Actualmente es Profesor de temas de Teología de la Vida Consagrada en el Instituto de Teología de la Vida Consagrada “Claretianum” (P.U.L.), en el cual ha sido Vicepresidente y Presidente; ahora forma parte del cuerpo docente y es Bibliotecario. De 1973 a 2005 fue profesor de Teología Moral en el Pontificio Instituto “Regina Mundi” (Roma). Es profesor invitado en la Universidad Pontificia Salesiana (Roma), desde 1992; en la Facultad de Misionología de la Pontificia Universidad Urbaniana (Roma), desde 1997; en el Pontificio Instituto “Auxilium” (Roma), desde 1998. En diversas ocasiones y repetidamente, ha impartido cursos en varios países de Asia, de América Latina y de África.

Original en italiano

Antes de entrar en el tema, podemos preguntarnos si la Instrucción “*El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam. Domine, requiram*” (11 de mayo de 2008) ofrece alguna novedad en el conjunto de los documentos aparecidos en estos últimos decenios sobre la Vida Consagrada. Sobre todo teniendo presente que este tema ha sido considerado, tradicionalmente, un poco “delicado”, en la Iglesia en general y en la Vida Religiosa¹.

Resumiré en tres los aspectos que me han llamado la atención: 1) La continua repetición de que la obediencia se debe solamente a Dios; todo lo demás es mediación, realidad de paso hacia la Voluntad divina. 2) La insistencia en el aspecto fraterno-comunitario y la realidad de madurez humana en cuyo contexto se vive este servicio. 3) La conciencia de los propios límites tanto de quien obedece como de quien manda; y, de ahí, las comprensibles tensiones, las dificultades, e incluso las “objeciones de conciencia”. Todo esto no quita nada a la obediencia del religioso, sino que la hace más completa, más verdadera, porque humanamente es más madura², y evangélicamente más cristológica; no disminuye

en nada la afirmación de que la persona en servicio de autoridad “tiene la responsabilidad de la decisión final”, como lo han señalado otros documentos (FT 20; cf. 25, PC 14c, VC 43, VFC 50c, RdC 14).

1) Cristo “el” modelo para buscar y acoger la voluntad del Padre

El Padre nos ha dado un modelo visible para mostrarnos cómo debemos buscar y vivir Su voluntad en medio de la historia, este modelo es Cristo (cf. FT 8). En efecto, como dice la Instrucción: “La obediencia a Su voluntad (del Padre) no es una actitud que se añade a su personalidad (de Cristo), sino que la expresa plenamente: ‘Mi alimento es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado’ (Jn 4,34) (FT 23a). Él ha sido el *amén* (cf. Ap 3,14), el *sí* (cf. 2Cor 1,20) perfecto del Padre (cf. FT 23c). Nosotros estamos llamados a continuar Su vida “en la historia, para dar a los demás la posibilidad de encontrarlo” (FT 23b). Una obediencia que realiza la misión que el Padre le ha confiado.

Para nosotros sus discípulos, la obediencia no es otra cosa que la prolongación, en la historia, de la obediencia del Hijo encarnado al Padre, “obediencia filial” (VC 16c), “filial y no servil..., reflejo de la amorosa correspondencia de las tres Personas divinas” (VC 21d; cf. 22, 23). Aquí tenemos el fundamento teológico más profundo y verdadero de nuestra vida cristiana, el aspecto cristológico-trinitario. Atención, para no caer en el engaño de ver la relación autoridad-obediencia, en la Vida Religiosa, como un hecho simplemente organizativo, práctico, sociológico, eficaz, aunque tenga una finalidad apostólica. Parafraseando las palabras de san Pablo podemos decir que somos miembros de Su Cuerpo (cf. 1Cor 12,12ss; Ef 4,11-17) y por consiguiente, nuestra obediencia al Padre es una verdadera continuación de la Suya. En este sentido completamos en nuestra carne (en nuestra historia humana, personal y de grupo) lo que falta a la obediencia de Cristo al Padre, con la ayuda del Espíritu, en Su Iglesia, por el Reino (Col 1,24), “a fin de que el mundo crea” (Jn 17,21). La obediencia de Cristo inauguró la del nuevo Israel, de la nueva humanidad, de la Iglesia y, en ella, de diversos grupos o cristianos en particular, a lo largo de los siglos.

Preguntémosnos: ¿en qué consiste esta voluntad del Padre que, por nuestro bien, debemos buscar y cumplir –como Cristo–, dentro de los parámetros de la historia, del tiempo y de las circunstancias en las cuales cada uno de nosotros y como grupo (Congregación, Iglesia, humanidad...) nos encontramos? La respuesta es: hacer que Él sea reconocido como el único Santo, que Su Reino histórico y escatológico venga y se haga Su voluntad en la tierra como se realiza en el cielo (cf. Mt 6,9-10; Lc 11,1-2). Reino que se realiza en la medida en que se despliega Su plan de salvación, que en Su amor infinito ha pensado desde la eternidad en Cristo, en favor de la humanidad, y que se va cumpliendo a medida que se

desarrolla a lo largo de la historia, pero que alcanza su plenitud solamente en Cristo, en la eternidad (cf. Ef 1,3-14; Col 1,13-20), cuando el Hijo entregará todo al Padre y Dios será todo en todos (cf. 1Co 15,24-28). Salvación –Reino que no es otra cosa que la felicidad y la plenitud del hombre, en la medida del hombre perfecto, según la plena madurez de Cristo (cf. Ef 4,13-16); voluntad divina que empieza a cumplirse cuando el hombre cree en el Hijo que el Padre ha enviado por amor al mundo (cf. Mc 1,15; Jn 3,16ss; 6,29; 17,3) para que ninguno se pierda (cf. Jn 6,40). Dios es amor (cf. 1Jn 4,8.16) y nos ha hecho partícipes de Su naturaleza divina (cf. 2P 1,4), derramando en nosotros este amor por medio del Espíritu (cf. Rm 5,5), para que la Trinidad pueda venir a nosotros y morar en nosotros (cf. Jn 14,23), entrando así en comunión con Él (cf. 1Jn 1,1-3). Todo esto sucede cuando nos esforzamos en amarlo con todas nuestras fuerzas, y en amar a nuestros hermanos (cf. Mt 22,37-40) inseparablemente (cf. 1Jn 4,20-21); teniendo como punto de referencia invisible, la perfección del amor del Padre (cf. Mt 5, 43-48), y como punto de referencia visible la actitud de Cristo y la manera como el Padre nos ha amado en Cristo (cf. Jn 15,9-17).

Dicho esto, si Cristo es nuestro modelo, ¿cuál y cómo ha sido su obediencia? La Instrucción nos da una respuesta: Cristo se abandonó totalmente al Padre: “Y, si en su pasión ha llegado incluso a entregarse a Judas, a los sumos sacerdotes, a quienes lo flagelaban, a la muchedumbre hostil y a sus verdugos, lo ha hecho porque estaba absolutamente seguro de que todo encontraba significado en la fidelidad total al plan de salvación querido por el Padre, a quien –como recuerda san Bernardo- ‘lo que agradó no fue la muerte, sino la voluntad del que moría libremente’”.³

En el Evangelio, la vida de Cristo aparece como una experiencia de comunión filial con la voluntad del Padre. En efecto, sus primeras y últimas palabras expresan claramente esta docilidad: “¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49); y “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (cf. Sal 31,6; Lc 23,46); es un eco, en la historia, de aquellas palabras del salmista (cf. Sal 39,7-9) que el autor de la Carta a los Hebreos pone en boca de Cristo desde el inicio: “Entrando en el mundo, Cristo dice... ‘He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad’” (Hb 10,5-7).

De hecho, ésta es la esencia de la tercera petición del Padrenuestro: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10); la petición repetida en la angustia de Getsemaní: “Que no sea como yo quiero sino como quieras tú” (Mt 26,39.42). Una obediencia en medio de las dificultades: “...con lo que padeció experimentó la obediencia” (Hb 5,8). Una obediencia “hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2,6-9); es decir, continua, como el “alimento” de todos los días (Jn 4,34). Y así podrá decir sobre la cruz: “todo está cumplido” (Jn 19,30). Él ha sido el “sí” del Padre a la humanidad (la fidelidad de Dios a los

hombres), pero también el “amén” de la humanidad al Padre (la obediencia total) (cf. 2Co 1,20; Ap 1,4-5; 3,14). Una obediencia, citábamos antes, “*filial y no servil*, reflejo en la historia de la *amorosa correspondencia* propia de las tres Personas divinas” (VC 21d).

Una obediencia que se manifiesta en una actitud de escucha (cf. FT 5-6) y de búsqueda continua de lo que el Padre quiere: “Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios” (Jn 8,47). También Jesús, el verdadero hombre (cf. GS 22, CIC 470), ha debido buscar, discernir, formular la voluntad del Padre, a través de “múltiples mediaciones humanas” (FT 9a; cf. 11c); y no le fue siempre fácil comprenderla, ni realizarla, porque era “semejante a los hombres” (Fil 2,7); tuvo que crecer y aprender (cf. Lc 2,40.52), fue “probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4,15). De hecho, su vida pública comienza y termina con dos pruebas: las tentaciones (cf. Mt 4,1-11) y la agonía en Getsemaní (cf. Mt 26,38-39; Hb 5,7-8) y en la cruz (cf. Mt 27,46; Sal 22; 31); pruebas que tocan su misión, la voluntad del Padre y, por lo tanto, la obediencia. Ahí Cristo experimentó Su “noche”, como dirían los místicos. “Sufrió” y “aprendió” la obediencia (Hb 5,8). En la escena de Getsemaní, según Mateo (26,36-46), podemos ver más claramente este proceso de discernimiento: en el versículo 39 pide no sufrir, si es posible, pero que se haga la voluntad del Padre; en el v. 42 dice simplemente que se haga esa voluntad, no pide ser dispensado; y en el v. 46 está decidido a realizarla: “Levantaos! ¡vámonos!”. Comprendió y acogió plenamente la voluntad del Padre. “Fue escuchado” (Hb 5,7), no porque debía sufrir; sino porque fue ayudado a comprenderla y a aceptarla con determinación. De hecho, Cristo no sufrió la cruz, ni se limitó a soportarla con fatal resignación, sino que la abrazó de manera positiva; viendo en ella la voluntad del Padre amado, pesaba menos. De cualquier modo, como dice FT 5c, esto no significa que el Padre apreciara la cruz en cuanto tal, sino el amor fiel hasta las últimas consecuencias, en favor de los hombres Sus hermanos; de esto el Hijo dio prueba. En suma, podemos aplicar aquí lo que dice Pablo respecto al desprendimiento de los bienes hasta sufrir una muerte cruenta; no es el desprendimiento en cuanto tal el que es positivo, sino la consecuencia: “Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha” (1Co 13,3)⁴

Ésta es la razón de la libertad de Cristo frente a la muerte (“El Padre me ama, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente” (Jn 10,17-18). Y, de hecho, en Su obediencia al Padre, Jesús aparece como un hombre profundamente libre e independiente; libre frente al dinero (cf. Mt 6,25-33), frente a los hombres (cf. Jn 6,15; 13,5.14), frente a los poderosos (cf. Mt 26,62-64; 27,13-14; Lc 13,32; 23,6-12), frente a su familia (cf. Lc 2,49; Mc 3,33), frente a los grupos de poder político o religioso (cf. Mt 22,34;

23,13-32), frente a la Ley (cf. Mt 5,21ss; Mc 1,22; 2,27-28), frente a la muerte (cf. Jn 10,17-18; Mt 26,36-46).

Una obediencia como la de Cristo, a veces es costosa, difícil, dramática (cf. FT 8c), porque es humana, y va hasta dar la vida por la persona amada (cf. Jn 15,12; Fil 2,8); pero, al mismo tiempo, no es una obediencia obligada, no es una vida que se da a la fuerza, sino libremente (cf. Jn 10,17-18), incluso con alegría, como la mujer que está afligida antes de dar a luz, pero al final se alegra porque un hombre ha venido al mundo (cf. Jn 16,21); y sabemos que Dios ama al que da con alegría (cf. 2Co 9,7), al que cumple alegremente las obras de misericordia (cf. Rm 12,8). La libertad del amor fue lo que lo llevó a darse totalmente (cf. Gal 2,20; Ef 5,2). Una obediencia dura, pero libre y vigorosa, valiente, e incluso gozosa, y sobre todo amorosa. El amor que tenía por el Padre, que se traducía en amor por los hombres Sus hermanos, lo llevó “hasta el fin” (Jn 13,1), “a la muerte en cruz” (Fil 2,8), a “todo está cumplido” (Jn 19,30). Por eso el Crucifijo no es simplemente y para siempre la imagen del dolor y de la muerte, sino de la fidelidad al amor hacia las personas amadas, con todas las consecuencias que conlleva; una imagen positiva, de victoria del amor sobre el pecado, el dolor y la muerte.

2) La Iglesia, comunión de personas obedientes, siempre a la escucha y en discernimiento perenne para saber lo que Dios quiere.

En la vida de los discípulos de Jesús debemos encontrar la misma actitud que hemos visto en Él. Jesús es el prototipo, el modelo supremo. Él mismo lo dice: “Quien cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3,35). Los discípulos tienen en común con Jesús, la escucha, la acogida y el cumplimiento de la voluntad del Padre; así entran a formar parte de Su nueva “familia”, del nuevo Israel. En efecto, la nueva familia, está constituida por “aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 8,21); escuchar y practicar, he aquí los dos elementos esenciales de los “familiares” de Cristo (cf. FT 8c).

En este sentido, común a todos los creyentes, hay que comprender la relación de obediencia en la Iglesia; ésta es la obediencia que se ha pedido a todos/as a lo largo de los siglos. La obediencia precede, funda y explica no sólo la obediencia del religioso a su superior, sino también la de cada creyente a las exigencias internas de la comunidad eclesial, incluso la obediencia a quienes han recibido el ministerio de guiar al pueblo cristiano, a la Jerarquía.

La Iglesia no se divide entre aquellos que mandan y aquellos que obedecen, porque la verdad es que todos obedecen; toda la Iglesia sigue a su Esposo, el

Señor Jesús, en la escucha y en el cumplimiento de la voluntad del Padre, con la ayuda del Espíritu. Cada cristiano la vive según las características de su vocación; los religiosos lo hacen según su modalidad propia (y dentro de cada modalidad hay una gran variedad). Por esto no es indiferente seguir a Cristo de un modo u otro; cada persona debe buscar cuál es “su” vocación, o sea, la voluntad de Dios para él y acogerla con alegría, amor y fidelidad. La obediencia no es opresora, sino liberadora (cf. FT 5-6; VC 91), porque Dios es amor (cf. 1Jn 4,8.16) y quiere el mayor bien para todos y cada uno de nosotros cuando nos ofrece el don de una vocación concreta (cf. Jn 3,17; 12,47; Rm 8,28; 1Tm 2,4; 2P 3,9). Vocación, en fin, que para este determinado cristiano no es mejor ni superior a todas las otras, porque es la voluntad de Dios para él.

La obediencia de cada persona al Padre se ejerce en el ámbito de la comunidad eclesial y, por consiguiente incluye no sólo la relación personal fundamental entre Dios y la propia conciencia, sino también, la relación con los otros hermanos y hermanas en la Iglesia, en este caminar juntos hacia Dios. En otras palabras, nuestra obediencia al Dios invisible tiene lugar en el ámbito de Su comunidad visible, la Iglesia; del mismo modo que el amor al Dios que no se ve, se verifica en el amor al hermano que, por el contrario, se ve (cf. 1Jn 4,20-21). Más aún, si el núcleo de la vida cristiana es la caridad (cf. Jn 15,12-17), porque Dios es amor (cf. 1Jn 4,8.16), el ejercicio/servicio de la autoridad y de la obediencia en la Iglesia no puede ser otro que el modo de vivir la caridad, el amor fraterno, “para que el mundo crea” (cf. Jn 15,12-17; 17,11.21-26); y por el contrario, tanto el servicio de la autoridad como el de la obediencia serán cristianos en la medida en que sean expresión de la caridad. La caridad es la prueba de su autenticidad evangélica, porque: “La caridad no hace mal al prójimo; la caridad es, por tanto, la ley en su plenitud” (Rm 13,10; cf. 1Co 13). “Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección” (Col 3,14).

“Por encima de todo”, y también por encima del deseo de mantener un orden meramente externo, una “política eclesiástica” determinada, o una cierta imagen de Iglesia a salvar. La razón es que Dios, que es “la” Verdad (cf. Jn 3,16; 14,6), se define a sí mismo como caridad (cf. 1Jn 4,8.16). La caridad es “la” verdad, porque es participación en Dios (cf. 1Jn 4,7-8.12-16). En consecuencia, pretender –como más de una vez ha sucedido a nivel de personas y de grupos– defender la verdad cristiana en detrimento de la caridad, sería sencillamente una contradicción; una tal verdad se destruiría a sí misma. No hay caridad sin verdad, ni puede haber verdad sin caridad. De hecho, mientras que una persona se puede salvar por la caridad sin conocer la verdad revelada, no se puede salvar por la verdad revelada si no tiene caridad (cf. Mt 25,31-46; Lc 12,47-48; 1Co 13; Jn 2,14-26; ver también: LG 14-16, CIC 839-848).

El ejercicio de la autoridad y el de la obediencia, en la Iglesia, proceden del amor (comunión), son manifestaciones de él y, vividas cristianamente, llevan ciertamente a fortalecer la comunión (cf. 1Jn 1,1-3; ver también: ChL 32, VFC 58, VC 46a). La autoridad será más verdadera (cristiana) en esta búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios, si su ejercicio está impulsado por la caridad, motivado por la caridad, en favor de la caridad, es signo de caridad y lleva a una vivencia más profunda de la caridad; en otras palabras, cuanto más se implemente la participación eclesial en el ágape del Padre, gracias al misterio pascual de Cristo y a la acción del Espíritu (cf. Jn 17,11-21; 1Jn 4,8.16; Rm 5,5; 2P 1,4), será la imagen visible “de la amorosa correspondencia propia de las tres Personas divinas” (VC 21d).

Por esto, el elemento de base, por no decir el fin, es ante todo la comunión (cf. 1Jn 1,1-3). En la comunión los discípulos escuchan, disciernen y hacen la voluntad del Padre. En la Iglesia hay una gran variedad de dones distribuidos por el Espíritu (cf. Rm 12,3-8; 1Co 12-14; Ef 4-5); entre éstos, está el de la autoridad jerárquica, que debe poder ejercerse, justamente, porque es dado por el Espíritu para el bien común. Un cuerpo está compuesto de muchos miembros diferentes, cada uno tiene su propia función, ninguno es inútil; la autoridad es uno de éstos; es esencial, aunque no único. Pero la obediencia también es un don, un servicio a la comunión y a la autoridad. Se ejerce buscando, escuchando, discerniendo, dialogando, mandando y obedeciendo. La autoridad es precedida por la fe, y está al servicio de la comunión que surge de la fe (cf. 1Jn 1,1-3). La fe precede, envuelve, condiciona y explica lo que significa la autoridad y cómo debe ejercerse, así como la obediencia en la comunión cristiana.

Todos debemos pretender hacer la voluntad no de otro miembro de la comunidad, sino de Dios. En esta búsqueda y trabajo cada persona está llamada a colaborar en virtud de los diversos sacramentos recibidos, según las características de la propia vocación cristiana y de los diversos compromisos humanos. Posteriormente, algunos en la comunidad son escogidos por el Espíritu para poner sus dones espirituales y humanos al servicio de la cohesión y de la solidez de la comunión y de la unidad de la fe; a través de ellos, el Espíritu confirma a toda la comunidad eclesial (cf. Mt 16,18-19; 18,18; Lc 22,32; Jn 21,17; 1Jn 1,1-3). De cualquier modo esta autoridad permanece un hecho histórico, transitorio; de hecho, en la comunión final con Dios, esta autoridad no existirá más. Por eso, en la Iglesia, solamente Dios es el absoluto y no la autoridad; de ahí la necesidad de escuchar a todos, dentro y fuera de la comunidad, persuadidos de que aun todos juntos jamás llegaremos a poseer plenamente la verdad, y menos aún a agotarla; en cambio, el don grande será, que la verdad poco a poco tome posesión de nosotros. La Iglesia somos todos, es una responsabilidad de todos y, por eso, exige la colaboración de todos, así como exige el respeto de los roles de cada uno, porque ninguno es propietario de la Iglesia. Todos hermanos, fundamentalmente

iguales (cf. LG 32, CDC 208, CIC 871-873, VC 31b,84-85), con un sólo Padre y un sólo Maestro (cf. Mt 23,8-12). He aquí la profunda verdad evangélica y humana de las palabras de Benedicto XVI en la homilía de la celebración del inicio de su ministerio petrino, el 24 de abril de 2005 : "...no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo (...). Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia (...). Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros."⁵. No era retórica sino simplemente verdad. Por esto se reconoce repetidamente que la autoridad tiene sus propios límites humanos (cf. FT 13d, 18a, 21ac, VC 92), y me equivocaría si ella no fuera consciente (cf. FT 20g, 25a).

Llegados a este punto, ¿cómo buscar la voluntad de Dios en la comunidad cristiana y cuál es el papel concreto de la autoridad?

El problema está en que es verdad que estamos llamados a la libertad (cf. Ga 5,13), que todos poseemos el Espíritu (cf. Hch 5,32; Rm 5,5), que somos conducidos por el Espíritu y por tanto ya no estamos bajo la Ley (cf. Ga 5,17-18), porque donde está el Espíritu está la libertad (cf. 2Co 3,17); pero es también verdad que mientras vivimos en este cuerpo mortal, tenemos una libertad imperfecta, poseemos sólo la garantía del Espíritu (cf. 2Co 1,22), llevamos el tesoro en vasos de barro (cf. 2Cor 4,7), vemos como en un espejo (cf. 1Co 13,12), ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos (cf. 1Jn 3,2)... En consecuencia, necesitamos todavía buscar, y hacerlo a nuestro modo, o sea, con todo el trabajo humano, personal y comunitario, que esto supone. Son los límites de nuestra madurez humana y espiritual que conllevan la búsqueda, las discusiones, las leyes y las normas, las tensiones inevitables..., la obediencia (cf. FT 9b). El mismo san Pablo, en sus cartas, da numerosas normas, a veces muy concretas.

Con este fin y en este contexto, la autoridad del Magisterio en la Iglesia tiene, al mismo tiempo, una tarea discrecional (ayudar a los individuos en la búsqueda y realización de la voluntad de Dios) y comunitaria (guiar a toda la comunidad hacia la realización histórica del designio de Dios). La misión confiada por el Espíritu al Magisterio consiste en estar al servicio de la formación de la conciencia y al servicio de la vida de toda la comunidad; no en sustituir la responsabilidad de alguien. El Magisterio desarrolla esta misión enseñando, santificando y gobernando (cf. LG 24-27, MR 13, CIC 888-896).

Y como decíamos, esta búsqueda de la voluntad de Dios, esta obediencia es para todos en la Iglesia, es comunitaria. La autoridad del Magisterio no está sola, porque no siempre está clara cuál es esa voluntad (cf. GS 33b, 43b), porque

todos poseemos el Espíritu (cf. Hch 5,32; Rm 5,5) y porque, como decía el Beato Juan XXIII, una cosa es la sustancia del “*depositum fidei*” y otra su formulación y los revestimientos históricos y culturales que la envuelven⁶. Es verdad que el Magisterio será auténtico en la medida en que sea dócil a Cristo y al Espíritu. También, dentro de la Iglesia, es verdad que es necesario obedecer a Dios más que a los hombres (cf Hch 4,19; 5,29; ver también: FT 27a). En consecuencia, nadie puede estar pasivo en la Iglesia, porque sería infiel al Espíritu que está en él, incluso cuando esta persona pueda crear tensiones, como ocurrió entre Pedro y la comunidad de Jerusalén (cf. Hch 11,1-18), entre Pedro y Pablo (cf. Ga 2,14), entre Santiago, Pedro y Bernabé-Pablo (cf. Hch 15). El respeto mutuo, la escucha habitual, el diálogo, son una necesidad, un derecho, una obligación de todos hacia todos, no una moda pasajera, un lujo o una concesión benévola de alguien, incluso si éste tiene el servicio de la autoridad magisterial (cf. ES passim).

Por eso, criticar en la Iglesia, salvando la caridad, cuando el individuo o un grupo está sinceramente convencido de deber hacerlo en nombre de la búsqueda de la voluntad de Dios, no es una manifestación de falta de obediencia, sino un gesto de amor responsable hacia la Iglesia, y de fidelidad al Señor; se recuerdan las críticas hechas por santa Catalina de Siena a los Papas de Avignon para que regresaran a Roma. La incomprensión entre santa Teresa de Ávila y el Nuncio Apostólico de Madrid, la tensión entre san Francisco de Asís y su obispo... (cf. VC 43, 46, 84, 85, 91, 92). Criticar ciertas cosas de la Iglesia, o de algunos de sus miembros, con amor y responsabilidad, no significa tener menos amor, sino todavía más; como el amor a los propios padres no quita que podamos criticar ciertas cosas que no nos parecen justas, o no reconocer en ellos algunos defectos. El resto es infantilismo, falta de madurez humana y de objetividad serena; quien ama, critica continuando amando a la persona criticada; y solamente por amor o con amor se hace la crítica. El silencio no es siempre un signo de obediencia madura; puede ser, en cambio, un signo de indiferencia o de falta de responsabilidad frente al bien común, tanto en la Iglesia, como en la sociedad. Escuchar y ser escuchado es un deber y un derecho de cada cristiano, si queremos verdaderamente buscar comprender la voluntad de Dios (cf. NMI 45a). “La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades (...). Es necesario por eso que la Iglesia del tercer milenio estimule a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de su responsabilidad activa en la vida eclesial” (NMI 46a).

De aquí se desprende que, en esta búsqueda a veces agotadora de la voluntad de Dios en la Iglesia, la tradición cristiana haya siempre admitido la posibilidad de los “gestos proféticos”, es decir, la posibilidad de que un cristiano perciba con absoluta certeza moral una indicación de Dios que va más allá de las normas actuales o del modo de actuar de la autoridad eclesiástica. Pero, más allá

de este caso límite, puede existir la contestación bajo forma de protesta clara y más o menos asociada contra el modo como se ejerce la autoridad, ¿una oposición leal y responsable de alguno o algunos en un momento histórico concreto? No se trata de rebatir a la autoridad en cuanto tal (lo que sería un problema de eclesiología dogmática), sino de un juicio suyo, operacional, concreto, una manera de plantear una cuestión o de imponer un servicio determinado. Es una actitud de lealtad crítica, en la búsqueda de lo que Dios quiere; el amigo verdadero dice la verdad al amigo, aunque ésta puede ser dura, simplemente porque busca su bien (cf. Pr 27,5-6); y en nuestro caso, es un acto de responsabilidad hacia la Iglesia-comunión. De hecho, no hay prácticamente, en la historia de la Iglesia, una reforma oficial que no haya sido precedida, de algún modo, de la oposición leal y responsable de algunos de sus miembros, o que no haya sido el fruto o la consecuencia de ella. Basta tan sólo pensar, refiriéndonos a tiempos recientes, en las reformas: litúrgica, bíblica, ecuménica... promulgadas por el Concilio Vaticano II; reformas promovidas por teólogos que, en los años precedentes, tuvieron dificultades con la Curia Romana. Hace algunos años decía en ese entonces el teólogo Ratzinger: “(La Iglesia) vive siempre el llamado del Espíritu, en la ‘crisis’ del paso de lo antiguo a lo nuevo. ¿Es casualidad que los grandes santos hayan tenido tensiones no sólo con el mundo sino también con la Iglesia, y que hayan sufrido por la Iglesia y en la Iglesia? (...). La verdadera obediencia no es la de los aduladores (llamados ‘falsos profetas’ por la profecía genuina del Antiguo Testamento), que evitan todo obstáculo y choque, que ponen por encima de todo la garantía de su comodidad personal; la obediencia que es veraz, la obediencia animada por la fuerza entusiasta del amor, ésta es la verdadera obediencia, que ha fecundado la Iglesia a través de los siglos, liberándola de la tentación babilónica y restituyéndola al lado de su Señor crucificado”⁷. El mismo Magisterio rendirá homenaje al espíritu profético, más bien “provocador”, de no pocos religiosos a lo largo de la historia de la Iglesia (cf. EN 69, VC 84b; ver también los números 46, 74, 84-85).

Lealtad y responsabilidad que se manifiestan: 1) en la exposición oportuna y humilde de su punto de vista personal (como un “no” al miedo, a la inhibición y a la pasividad, a la falta de sentido de corresponsabilidad eclesial en la búsqueda de cuanto Dios quiere); 2) en el deseo sincero de la búsqueda de la verdad (un “no” a la falta de rectitud o al doble juego, a la búsqueda de sus intereses personales); 3) en el respeto constante hacia todos, y por eso hacia aquél que tiene el servicio de la autoridad (un “no” a la ofensa o a la denigración del prójimo); 4) en el esfuerzo incansable para conciliar las exigencias de la obediencia a la autoridad legítima con las exigencias que la propia conciencia juzga irrenunciables (un “sí” al respeto de la conciencia recta de todos, incluso cuando fallamos; se recuerdan las palabras de san Pablo: (Rm 14-15; 1Co 8-10); 5) en el espíritu de fe y, por ello, de oración que debe caracterizar la vida del

cristiano. Aquéllos que se encuentran en esta situación y obran con esta actitud, ciertamente están sirviendo a la Iglesia, son Iglesia, incluso cuando pueden crear momentos de crisis o de tensión, y están ayudando a conocer y a cumplir la voluntad de Dios (cf. LG 37a, CDC 212, CIC 907 y 911).

Todo esto nos habla, en fin, de la necesidad y, al mismo tiempo, del carácter provisional de cualquier autoridad, aún en la Iglesia; y nos muestra cómo en realidad, en la comunidad cristiana, todos somos obedientes. El único Jefe o Mediador, decía san Pablo, es Cristo (cf. 1Co 3,5-7.9.11; Col 1,18; Ef 1,22; 1Tm 2,5), “el” Pastor (cf. Jn 10,11-15); Pedro, Pablo, Apolo... son los colaboradores de Dios en la comunidad (cf. 1Co 3,9), forman parte de ella, y están para su bien. He aquí la profunda verdad evangélica del título papal “*servus servorum Dei*”. Sólo Dios posee la autoridad, sólo Cristo es la autoridad absoluta en la Iglesia. Por eso, decíamos anteriormente, en la Iglesia, antes de los diversos ministerios y carismas dados por el Espíritu para el bien de todos, hay una igualdad fundamental (cf. LG 32, CDC 208, ChL 15a, 17g, CIC 872, VC 31); todos juntos y cada uno con sus propios dones, para el bien de todos, están a la búsqueda y ocupados en el cumplimiento de lo que Dios quiere.

3) La comunidad religiosa y “su” modo de escuchar y realizar la voluntad de Dios.

Como dice la Instrucción, “la vida consagrada, llamada a hacer visibles en la Iglesia y en el mundo los rasgos característicos de Jesús...florece en esta búsqueda del rostro del Señor y del camino que a Él conduce (cf. Jn 14,4-6). Una búsqueda que (...) constituye la fatiga de cada día (...). La persona consagrada es testimonio del compromiso, gozoso al tiempo que laborioso, de la búsqueda asidua de la voluntad divina...” (cf. FT 1b; 8e).

En cuanto se ha dicho hasta ahora aparece de manera súbita y clara que los religiosos no somos “aquéllos que obedecen” en la Iglesia, como si los otros estuvieran dispensados de ello. Nuestra vida no será otra cosa que una de tantas maneras (en sí misma variadas: cf. FT 3c) de buscar y de vivir la voluntad de Dios, prolongando en la historia la obediencia de Cristo al Padre.

Al origen de la relación/servicio, autoridad-obediencia específica de la Vida Religiosa encontramos la comunión de carisma, de vida y de misión; la “con-vocación” de algunos creyentes de parte de Dios. Es decir, el llamado a una comunión más íntima entre ellos, a vivir junto con otros discípulos de Cristo, según un carisma (el del Fundador/fundadora) que encarna e interpreta una manera de vivir el misterio de Cristo, acentuando en particular uno de sus aspectos, y con el cual, por don del Espíritu, la persona se siente espiritualmente en sintonía. Un documento reciente lo ha dicho de una manera remarcable “Hay

una convergencia del “sí” a Dios, que une a varios consagrados en una misma comunidad de vida. Consagrados juntos, unidos en el mismo “sí”, unidos en el Espíritu Santo, los religiosos descubren cada día que seguir a Cristo “obediente, pobre y casto” se vive en la fraternidad, como los discípulos que seguían a Jesús en su ministerio. Unidos a Cristo y por consiguiente llamados a estar unidos entre ellos. Unidos en la misión de oponerse proféticamente a la idolatría del poder, del tener, del placer (cf. RPU 25). Así la *obediencia* liga y une las diversas voluntades en una misma comunidad fraterna dotada de una misión específica a realizar en la Iglesia. La obediencia es un “sí” al plan de Dios que ha confiado una peculiar tarea a un grupo de personas. Comporta un vínculo con la misión, pero también con la comunidad que debe realizar su servicio aquí y ahora, y juntos; pide también una mirada lúcida de fe en sus superiores los cuales “cumplen su tarea de servicio y de guía” (MR 13) y deben velar por la conformidad del trabajo apostólico con la misión. Y así, en comunión con ellos, se debe realizar la voluntad divina, la única que puede salvar” (VFC 46bcd, cf. FT 18a). Se nota la continua referencia a Dios y a toda la comunidad, es decir, superiores y súbditos unidos, todos con los ojos fijos en lo que Dios quiere de ellos.

De esta comunión-convocación inicial se desprende un doble servicio: 1) hacia el interior, la búsqueda en común de la voluntad divina y la vida fraterna; 2) hacia el exterior, la misión apostólica (cf. VFC 58, VC 46a, 72). En este contexto, la autoridad y la obediencia se convierten en dos aspectos de un único proceso de obediencia, es decir, de servicio a Dios; dos modos complementarios de una misma disposición de obediencia a Dios por la cual todos juntos buscan y realizan lo que le place a Dios (cf. FT 12e); “todos obedecen incluso con diversas tareas” (FT 18b). En este modo de vida hay quien manda y quien obedece, hay una diaconía y una mediación recíprocamente necesarias; cada uno es para el otro presencia de Dios: “El hermano y la hermana llegan a ser así, sacramento de Cristo y del encuentro con Dios” (FT 19c).

¿Cuál es la especificidad de la relación/servicio, autoridad-obediencia en la Vida Religiosa, frente a otras vocaciones cristianas?

No es la imitación de la obediencia de Cristo, porque ésta es constitutiva de la naturaleza humana, común a todos los creyentes. La especificidad se va a buscar en el “cómo”, en el tipo de mediación a través de la cual el religioso se siente llamado, por el Espíritu, a buscar la voluntad del Padre, prolongando la obediencia de Cristo. Esta mediación se sitúa, como decíamos anteriormente: 1) en la “lectura” particular y en la experiencia carismática del Evangelio (del misterio de Cristo), hecha por un cristiano (el Fundador-fundadora) con el cual se siente uno por don del Espíritu- en sintonía; es decir, se siente motivado a seguir e imitar a Cristo “como” lo hizo aquel cristiano (el Fundador/fundadora), y a entrar a formar parte del grupo que él/ella fundó, por don del Espíritu; y 2)

en la Vida Religiosa, en una forma de vida comunitaria que implica, además de la obediencia, los consejos del celibato y la pobreza. El religioso vive el celibato y se siente llamado a escrutar, discernir y cumplir la voluntad del Padre en fraternidad, es decir, junto a otros cristianos que el Espíritu llama. Estas otras personas, con su bagaje humano y espiritual (aspectos positivos y límites) forman parte, de aquí en adelante, de la vida y de la misión del religioso; los con-vocados se convierten en hermanos/hermanas (cf. FT 9c, 12a).

La obediencia del religioso, considerada como una “renuncia” a la propia voluntad (aunque esto puede darse también, en toda vocación cristiana), debe encuadrarse dentro de un horizonte nuevo, más amplio, formado ahora por los hermanos/hermanas que Dios nos da y como nos los da; por lo tanto se trata de una dilatación de sí mismo, para incluir a los hermanos de tal modo que configurarán, de aquí en adelante, y en modo decisivo, el modo humano y espiritual de pensar y de actuar de cada uno. El religioso no renuncia a pensar, a buscar, a juzgar y decidir, sino que renuncia a hacerlo solo; una renuncia a la soledad en favor de la comunión. La relación entre los hermanos se convierte en una constante superación de la oposición “Yo-Tú” para situarse en el nivel del “Nosotros”. Cada uno debe sentirse “Nosotros”. Cada uno debe participar con sus posibilidades humanas y espirituales (su inteligencia, su experiencia, sus capacidades, etc.), poniéndolas libre y voluntariamente a disposición de los demás, y contando con las de los otros para pensar, decidir, actuar. Es por esto que “no hay contradicción entre obediencia y libertad” (VC 91b). Cada uno y la comunidad se convierten en “sacramento” del camino y del encuentro con Dios, y de su voluntad (cf. FT 19c). En conclusión, la obediencia recíproca en comunidad y hacia quien la preside no es un hecho meramente sociológico, organizativo, ascético o jurídico, sino profundamente teológico-espiritual.

¿En dónde situar el papel, la misión, el ministerio, el servicio del superior?

Para proteger, fomentar, estimular, animar su cohesión y fidelidad a la comunión y a la misión a la cual Dios lo llama, el grupo elige entre sus hermanos/hermanas –según las características carismáticas y jurídicas propias- a uno/a que tome particular cuidado de todo esto. La comunión y la búsqueda de la voluntad de Dios son obra de todos y no monopolio de uno; sin embargo, al superior se le pide consagrarse a ello en modo particular. El superior es pues, y por excelencia, el servidor de la comunión y de la búsqueda de Dios; o, como dice la Instrucción: “mientras en la comunidad todos están llamados a buscar lo que agrada a Dios así como a obedecerle a Él, algunos en concreto son llamados a ejercer (...) el oficio particular de ser signo de unidad y guía en la búsqueda coral y en la realización personal y comunitaria de la voluntad de Dios. Éste es el servicio de la autoridad” (FT 1c). Por eso, se podrá decir que: “Si las personas

consagradas se han dedicado al servicio total de Dios, la autoridad favorece y sostiene esta consagración. En cierto sentido se la puede considerar como «sierva de los siervos de Dios».

La autoridad tiene la misión primordial de construir, junto con sus hermanos y hermanas, «comunidades fraternas en las que se busque a Dios y se le ame sobre todas las cosas». (CDC 619; cf. FT 12d, 13a, 21ac). Es necesario, por tanto, que sea, ante todo, una persona espiritual, convencida de la primacía de lo espiritual, tanto en lo que se refiere a la vida personal como en la edificación de la vida fraterna; es decir, que sea consciente de que, cuanto más crece el amor de Dios en los corazones, tanto más se unen esos mismos corazones entre sí. Su misión prioritaria consiste, pues, en la animación espiritual, comunitaria y apostólica de su comunidad” (VFC 50a, cf. FT 12a, 13). Se pide a la autoridad religiosa, “por analogía con la triple función del ministerio pastoral sin que por ello se confundan o equiparen ambas autoridades”: ser maestra espiritual, profeta, instrumento de santificación y de gobierno, persona que acompaña (cf. MR 13, 14c, 26-27, CDC 619, VFC 50, VC 43, 93).

Por una parte, es un hermano entre los hermanos; por otra, representa y está al servicio de lo que Dios y la Iglesia esperan de la comunidad. Y “representa” a Dios, no porque sea humanamente infalible en sus decisiones concretas -sus límites humanos son explícitamente reconocidos (cf. VC 92b, FT 13d, 18a, 21c, 25a)-, sino porque busca hacer lo mejor de su parte, acompañando en la búsqueda y cumplimiento de cuanto Dios quiere, dentro del ámbito de sus competencias, y empleando los medios (la Palabra de Dios, la Regla y las Constituciones, las decisiones de los Capítulos, los signos de los tiempos, etc.) que la Iglesia juzga legítimos. Es un mediador indirecto (cf. FT 13c, 17c, 21c, 25 inicio). Así “quien obedece acoge a los Superiores en espíritu de fe, -con “humilde obediencia” (PC 14)-, acoge la mediación de la Gracia que se le ofrece, y tiene la garantía de estar en misión, de sentirse guiado por el Espíritu del Señor y sostenido, incluso en medio de grandes dificultades, por su mano segura” (cf. Hch 20,22ss; VC 92b). En el fondo, lo que sucede es que nos fiamos de Dios, quien actúa a través de la fraternidad a la cual nos ha llamado; y por esto confiamos también en los hermanos y en quienes nos presiden en el camino hacia Dios.

El superior forma parte de la comunidad, está en la comunidad, para la comunidad; está en medio de los hermanos, al lado de cada uno, listo siempre para dar una mano, para “lavar los pies” (Jn 13,1-17; cf. Mt 23,11; FT 12b, 17b); busca “lo que Dios quiere”, “con la ayuda de la oración, de la reflexión y del consejo de los demás” (FT 12d). Aquí se ven las prioridades en el servicio de la autoridad cf. FT 13), su papel para el crecimiento de la fraternidad (cf. FT 20; también VFC 50c, VC 43, RdC 14) y en la realización de la misión (cf. FT 25). A la cabeza de la comunidad no está el superior sino Cristo; está Dios a quien

cada uno y todos juntos buscan servir. El superior está llamado a ser memoria, levadura, incentivo, apoyo; no sustituye la conciencia de ninguno, sino que responsabiliza a todos los miembros; es escucha, servicio, enriquecimiento; no es freno, ni coacción, ni mucho menos plagio. No existe el superior “y” la comunidad, como si fueran dos cosas diversas o incluso opuestas; no existe un superior sin comunidad, ni una comunidad “para” el superior. Los hermanos no están a su servicio, sino que todos juntos están al servicio del Reino de Dios. En este contexto, la autoridad es un servicio importante, pero no es el único; y se ve claro que “esta obediencia religiosa no mengua en manera alguna la dignidad de la persona humana, sino que la lleva a la madurez, dilatando la libertad de los hijos de Dios” (PC 14b), y “no hay contradicción entre obediencia y libertad” (VC 91b).

En síntesis, la obediencia religiosa 1) debe ser humana, adulta, madura y sostenida por la fe; y no individualista, egocéntrica, “infantil” (FT 25a; “infantilismo”, 20b), pasiva, secularizada; tampoco la autoridad debe ser signo de “paternalismo o maternalismo” (FT 14b); 2) debe tener como punto de referencia a Cristo, la voluntad del Padre; 3) debe expresarse en la fraternidad congregacional; 4) debe considerar al superior como un hermano/hermana con el cual hay que estar agradecido por su servicio; rezar por él, ayudarle en el discernimiento y en el cumplimiento de la voluntad de Dios, a través del diálogo y del sentido de corresponsabilidad y colaboración (cf. FT 19b).

Sin embargo, puede suceder también en la Vida Religiosa,—como decíamos anteriormente a propósito de la Iglesia— que hay quien crea no poder obedecer en alguna cosa fundamental, incluso si se trata de algo que no es pecaminoso (en este caso la autoridad perdería su razón de ser). No es raro. Ha sucedido en la historia que una persona habiendo entrado en la Vida Religiosa, después de un tiempo comprende que no es para ella, o que Dios la llama a otra forma de Vida Religiosa ya existente, o la llama a fundar. Varios Institutos han sido fundados por religiosos que habían pertenecido a otro Instituto; y la Iglesia al aprobar el nuevo Instituto reconoce implícitamente que aquel religioso, hizo bien en salir del primer Instituto. Basta pensar en santa Teresa de Ávila o, en nuestros tiempos, en la beata Teresa de Calcuta.

Sin embargo, el problema más común puede ser el de aquel religioso que no cree que debe salir, pero que sin embargo se resiste a acoger una orden recibida. De esto habla ampliamente la Instrucción (cf. FT 10, 20e, 26-27). Distingue entre “obediencia difícil” (FT 26; cf. 10a, 20e, 26-27) y “objeción de conciencia”, dadas “la oscuridad y la ambivalencia de no pocas realidades humanas” (FT 27d). Respecto al primer caso (cf. FT 26a), admite que una obediencia puede aparecer absolutamente “absurda”. Después de aludir a los consejos dados por san Benito y san Francisco, la Instrucción reconoce que “es

comprensible un cierto apego a ideas y convicciones personales que son fruto de la reflexión o de la experiencia y han ido madurando en el tiempo, y que es cosa buena tratar de defenderlas y sacarlas adelante, siempre en la perspectiva del Reino, en un diálogo abierto y constructivo” (FT 26c; cf. 20e); pero, por otra parte, recuerda que el modelo es Cristo, “que cumplió la voluntad del Padre sin retroceder ante la muerte en cruz” (cf. FT 26c). Por eso, también se reconoce que el religioso puede experimentar “abatimiento y sentido de rechazo a la autoridad”; en este caso, se le recuerda que “es también el momento en el que se debe apoyar en el Padre para que se cumpla su voluntad”. En el segundo caso (cf. FT 27), la cuestión está en saber si “puede haber situaciones en que la conciencia personal parece que no permite seguir las indicaciones dadas por la autoridad”. Recuerda que ya Pablo VI había hablado de la llamada “objeción de conciencia” (cf. ET 28-29). Reconoce que “es verdad que la conciencia es el ámbito en que resuena la voz de Dios que nos indica cómo comportarnos”, pero es también verdad que necesitamos estar atentos para no caer en “un subjetivismo, que ignora o descuida las fuentes y criterios... en la formación del juicio de conciencia”. Por eso, la persona consagrada “deberá reflexionar mucho tiempo antes de concluir que no es la obediencia recibida, sino la que percibe en el fondo de sí misma, la que representa la voluntad de Dios”; y deberá proceder a confrontaciones y verificaciones con las mediaciones que Dios le da; incluso si “es indiscutible, ciertamente, que lo importante es llegar a conocer y cumplir la voluntad de Dios,... y debería ser igual de indiscutible que la persona consagrada se ha comprometido, por el voto, a acoger esta santa voluntad a través de determinadas mediaciones”.

En suma, en estos casos, se pide al religioso renunciar a su opinión personal, -que la persona estima justa- en favor de lo que manda la comunidad o quien la preside. ¿Cómo justificar esta renuncia y hacer que sea una actitud humana y cristianamente válida? La respuesta está en que la renuncia será justificada si la actitud no está motivada por razones de coacción o de simple comodidad o pasividad; será menos justificada, si se trata de una imprudencia o de una cosa pecaminosa, en cuyo caso no deberá obedecer de ninguna manera y la autoridad perderá su razón de ser. O, como dice la Instrucción en el n. 27 citando a Pablo VI, “hecha excepción de una orden que fuese manifiestamente contraria a las leyes de Dios o a las constituciones del Instituto, o que implicase un mal grave y cierto –en cuyo caso la obligación de obedecer no existe” – (ET 28); pero, será justificada porque el religioso reconoce en los hermanos/hermanas y en sus puntos de vista, un valor que le permite hacer cuanto dicen sin ver disminuida su responsabilidad y dignidad. En efecto, en este caso actúa según la voluntad de otras personas, porque reconoce con humildad la posibilidad humana de que los otros tienen razón y no él (cf. FT 27b, ET 28: “la oscuridad y la ambivalencia de no pocas realidades humanas”), aun si a veces, en ese momento,

las cosas no le parecen exactamente de esta manera: es el razonamiento humano (cf. FT 9d, 10a); y sobre todo porque reconoce, con espíritu de fe, no solamente la posibilidad, sino la certeza de que Dios se sirve de ellos, dado que lo ha llamado a una vida en común para encontrar Su voluntad y se trata de “una orden dada legítimamente” (FT 10a): es el razonamiento teológico. Sabe que sus hermanos –como él mismo- pueden humanamente equivocarse, eso no le sorprende ni escandaliza; pero, más allá de la humanidad frágil de los hermanos, confía en Dios que lo ha llamado a la comunión de vida y de carisma con ellos, y Él seguramente no se equivoca (cf. FT 10c); obedece “no sólo a Dios sino también a los hombres, pero, en cualquier caso, por Dios y no por los hombres” (FT 11a).

Esto no significa renunciar a la propia dignidad y responsabilidad, sino – como decíamos antes- la encuadra en una visión más amplia que abarca a los demás miembros de la comunidad o Instituto; y que reconoce, también, con realismo y humildad, sus propios límites y la posibilidad de equivocarse. Si más adelante el religioso descubre que los hermanos tenían humanamente razón, y no él, es algo ganado; si, en cambio, aparece claro que humanamente la razón estaba de su parte, será también verdad que habrá vivido el Evangelio y la vocación recibida (verdadero objetivo de su vida) porque habrá buscado a Dios a través de la mediación que Él le ha dado, la de los hermanos; y, así, ha realizado lo que Dios quería de él, Su voluntad. Es obvio que la fe llega a ser un elemento, no único, pero sí decisivo en la vida del religioso. Por eso, no debe nunca sentirse frustrado o amargado, incluso en el segundo caso. Por esto, la obediencia del religioso deberá ser siempre razonable –necesita emplear los elementos humanos que Dios le da: la inteligencia, la experiencia...-; la obediencia no podrá ser nunca simplemente racional, porque la fe y, por ello, el abandono en Dios (cf. FT 10c, 11a), tienen la última palabra.

En la vida del creyente van siempre juntas la “Fides et Ratio”, de las cuales hablaba Juan Pablo II en la encíclica titulada con ese nombre (FR). Así es en María que, en la anunciación y en el nacimiento de Cristo, se pregunta (cf. Lc 1,34), piensa, medita (cf. Lc 2,19.51); su obediencia es “creyente e interpelante” (FT 31a; cf. LG 58, RMa 17d); y, al mismo tiempo, está “disponible en la obediencia” (VC 112c), confía en Dios y se abandona a Él: “Heme aquí...” (Lc 1,38). María fue “una mujer fuerte”, “algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante”, (MC 37), y es ejemplo de “pobreza” bíblica, de confianza y abandono en el Señor (cf. RMa 17c; cf. 12-19, 39).

- ¹ Siglas de documentos del Magisterio que serán citadas: *Faciem Tuam*: FT; *Ecclesiam Suam*: ES; *Lumen Gentium*: LG; *Gaudium et Spes*: GS; *Perfectae Caritatis*: PC; *Evangelica Testificatio*: ET; *Marialis Cultus*: MC; *Evangelii Nuntiandi*: EN; *Mutuae Relationes*: MR; *Religiosos y Promoción Humana*: RPU; *Código de Derecho Canónico*: CDC; *Redemptoris Mater*: RMa; *Christifideles Laici*: ChL; *Catecismo de la Iglesia Católica*: CIC; *Vida Fraterna en Comunidad*: VFC; *Vita Consecrata*: VC; *Fides et Ratio*: FR; *Novo Millennio Ineunte*: NMI; *Caminar desde Cristo*: RdC.
- ² Habla efectivamente de la dependencia infantil (FT 25a), del “infantilismo” (FT 20b), y también del “paternalismo o maternalismo” (FT 14b), como peligros a evitar.
- ³ S. BERNARDO, *De errore Abelardi*, 8, 21: PL 182, 1070A.
- ⁴ Dirá después San AGUSTÍN: “Martyres non facit poena, sed causa” (*Enarr. in Psal. 34*, 13).
- ⁵ *Homilía*, AAS 97 (2005) 709; citada en FT 12b.
- ⁶ Cf. JUAN XXIII, 11 de octubre de 1962: discurso de apertura del Concilio Vaticano II (*Documentos del Concilio Vaticano II*, Bologna 1966, 995-996).
- ⁷ J. RATZINGER, *Il nuovo popolo di Dio*, Roma 1971, 284-286.

DI A ESTA GENERACIÓN: ¡AVANZA!

Fray Moacir Casagrande, OFMcap.

Fray Moacir Casagrande, OFMcap., forma parte del Equipo de Reflexión Bíblica – CRB Nacional y del Consejo de la Conferencia Nacional de los Religiosos de Brasil.

Original en portugués

Este artículo fue publicado en la revista Convergencia n°409, de marzo de 2008, XLIII

Me corresponde la tarea de contextualizar el lema de la XXI Asamblea General Ordinaria de la Conferencia de Religiosos de Brasil. Voy a intentar, sin pretender ser exhaustivo, dar una visión de conjunto y entresacar algunos elementos que considero oportunos para provocar una reflexión profunda sobre el momento que está pasando la Vida Religiosa Consagrada, particularmente en ocasión de un encuentro tan importante como es esta Asamblea.

La fuente inspiradora del título de este artículo es el libro del Éxodo que, en los capítulos 14 y 15, revela exactamente el momento más crítico del proceso del éxodo. Los autores nos brindan una composición que recuerda el acontecimiento más sobresaliente y significativo de la historia del pueblo de Dios¹

El contexto amplio

Las migraciones en busca de mejores condiciones de vida o simplemente para huir del hambre, son realidades históricas milenarias y universales. El pueblo del cual habla el libro del Éxodo está constituido por los *hebreos*², migrantes que se encontraban en el delta del Nilo, en Egipto, buscando supervivencia y oportunidades. La historia nos habla de los *Hicsos*³, un pueblo que ocupaba el bajo Egipto y que los faraones tuvieron que enfrentar. Los Hicsos fueron expulsados por el faraón Ahmosis en el año 1575 a.C. Sobre las huellas de esa gente, antes o después, muchos grupos hicieron camino de ida y vuelta, o de ida sin vuelta. Según la historia, hubo periodos en que los faraones se ocupaban más del Alto Egipto, quedando la región del delta más libre para ser ocupada por

migrantes y nómadas.

En 1308 a.C. comenzó el reinado de Ramsés I⁴, quien decidió transferir su residencia oficial y construir grandes fortificaciones en el delta del Nilo, realizando ahí grandes inversiones. Seti I, su hijo, continuó las obras. Los hebreos (migrantes y nómadas) habitaban esas tierras y fueron usados como mano de obra eficiente y barata, para la realización del proyecto; la opresión no cesó de crecer.

Egipto mantenía un sistema de almacenamiento de víveres (Gn 41,33-36.53-57) por medio del cual sometía a los habitantes de toda el área circundante, extendiéndose a distancias considerables. En tiempos de sequía y de falta de alimentos, las poblaciones locales y vecinas se sometían al dueño de los almacenes para no morir de hambre (Gn 47,13-26). Según el libro del Génesis 42,1-5, las personas que ahora están acorraladas al borde del mar, estaban ahí, en Egipto, por causa del hambre. El hambre las obligó a ello, pero la tierra de su corazón no era Egipto (Gn 47,29-31; 49,29 y 50,22-26). Según Éxodo 12,40 permanecieron en Egipto cerca de 430 años; la opresión se volvió más dura a partir del año 1308 a.C., hasta hacerse insoportable con Ramsés II, unos cincuenta años más tarde (Ex 1,8).

El delta del Nilo, un espacio en transformación

El libro del Génesis (47,1-12) dice que esa gente entró pacíficamente y permaneció ahí, por cerca de diez generaciones, viviendo en la tierra fértil, sin ser molestada. Pero Ramsés I decidió transformar el espacio, ocupar las tierras en favor de su mega proyecto. Según su proyecto, la tierra ya no es don de Dios, sino que ahora es propiedad del “Señor de Egipto”. No solamente la tierra, sino todo lo que está en ella, porque el patrono de la tierra se cree también con el derecho de poseer los bienes y las personas que la habitan o que de ella viven. El faraón decide transformar el espacio y pone a todo el mundo a danzar al ritmo de su música. ¿Qué hacer ahora? ¿Aceptar el cambio y adaptarse a él? ¿Rebelarse contra el cambio y clamar por un libertador? ¿Crear nuevos espacios dentro del espacio del faraón? ¿Crear nuevos espacios en otras regiones? ¿Luchar contra la transformación decretada por él? ¿Buscar nuevos espacios para seguir viviendo como habían vivido muchas generaciones? ¿Crear espacios dentro de sí mismos para buscar una nueva manera de vivir? La verdad es que no pueden permanecer como están ahora. El mundo cambió, los tiempos cambiaron, Egipto ya no es el mismo. Surgen nuevas generaciones que toman nuevas actitudes y exigen nuevos pasos.

Los hebreos entraron en Egipto, se saciaron, se multiplicaron y fueron vistos como una amenaza para el faraón (Ex 1,8-10). Pero las cosas evolucionaron. La misma tierra que mató su hambre, ahora quiere matar la libertad y el sentido de la vida. Los hebreos podían sobrevivir, pero no podían crecer. Su crecimiento

aumentaba la visión del otro.

La opresión crece, los líderes desaparecen, los hechos del pasado caen en el olvido (Ex 1,8). Los hechos del pasado sólo tienen la fuerza de una señal; para tener influencia en otros tiempos hay que releerlos y reinterpretarlos. Esa gente perdida en el hoy de la historia no aguanta la opresión, no sabe a quién recurrir, simplemente gime, se lamenta y clama sin saber a quién dirigirse. Dios, que escucha el clamor del oprimido, está atento, pero necesita de alguien para hacerse presencia entre ellos. Llama a Moisés, lo necesita para realizar, con él, la liberación (Ex 3,1-12). Dios necesita de alguien que acepte dejarse embeber de su Espíritu para realizar las maravillas en el presente.

Preparar, en todas las instancias, la salida

Ya en los primeros capítulos del Éxodo, encontramos a Moisés incentivando al pueblo, en nombre de Dios, a salir de Egipto, denominado posteriormente como antro de la esclavitud, e ir hacia la Tierra Prometida, donde mana leche y miel (Ex 3, 7-8). La esclavitud es un componente estructural de la organización del faraón y de su *éxito*⁵. La Tierra Prometida es en verdad un sueño a construir a partir de la fe y alimentado por la esperanza.

El libro es pródigo en informaciones respecto a las dificultades que Moisés expone para no aceptar la misión (Ex 3,11.13; 4,1.10.13; 5,22-23); respecto a las dificultades que el faraón crea para que Moisés no realice la misión (Ex 5,2; 7,13; 8,11.15.28; 0,7.12.35; 10,10-11.20.27-29; 14,5-9) y respecto a las dificultades que los hebreos experimentan para acoger la propuesta de Dios presentadas por Moisés (Ex 5,20-21; 6,9). Enfrentar tales dificultades sólo se puede por medio de Dios y con Dios.

El texto deja claro que los hebreos no deben salir como forajidos por la puerta de atrás, sino por la puerta principal, autorizados por el “hombre de corazón endurecido”, el señor de Egipto (Ex 3,21-22); cosa que sólo acontecerá después de la trágica muerte de su primogénito, el legítimo heredero y continuación de su dinastía (Ex 12,29-34). Sólo cuando el faraón siente que ya no tiene futuro se le empieza a ablandar el corazón.

La misión es de Dios, Moisés es invitado a ser Su presencia histórica, en medio de una multitud de esclavos en Egipto. Moisés lidera la concientización de los esclavos, pero también del que esclaviza. En nombre de Dios presenta una alternativa que ni los esclavos ni el que esclaviza conocen, pero que es factible y real. La novedad acontece, sin violencia, cuando los esclavos asumen su protagonismo y quien esclaviza renuncia a su poder. Dios quiere una liberación sin violencia, pero el pretencioso señor de Egipto no los deja salir.

Estrategias

Observando el texto podemos percibir varias estrategias: buscar y trazar caminos nuevos; andar en caravanas, morar en tiendas y acampar en el límite entre el desierto y las aguas.

Finalmente los hebreos salen, guiados por Moisés y por Dios, pero curiosamente, no hacen el camino tradicional, sino que se internan en el desierto, por caminos mal trazados, desconocidos, no explorados (Ex 13,17-18). Siempre levantan sus tiendas al límite del desierto con los lagos o el mar.

Los caminos ya hechos son conocidos, explorados, agotados de novedades. La conquista de lo nuevo no se hace por caminos ya trazados, sino trazando caminos. Quien toma caminos ya trazados necesita ojos nuevos para ver lo invisible y descubrir lo inédito en lo rutinario. La novedad es una construcción continua, cotidiana y artesanal, fruto del “dinamismo” del Espíritu de Dios en la historia de quien se deja conducir por Él, de quien se hace protagonista de Su gracia.

Desierto y mar no son, a los ojos de los “prudentes”, buenas elecciones para campamentos seguros. Son lugares límites y en los “linderos” el riesgo es grande y las sorpresas más frecuentes; por eso mismo, las oportunidades también son mayores. El futuro está más allá del riesgo asumido y enfrentado. Desierto y mar son desafíos del camino, no son metas ni destino. Desierto y mar desafían a la persona a confrontarse consigo misma y a percibir lo que ella tiene, de hecho, dentro de sí. Somos más dependientes de las cosas de lo que imaginamos y tenemos enorme dificultad para lidiar con elementos líquidos. El agua a la vez que nos encanta, nos asusta y atemoriza.

Según el texto, Dios mismo dirige a su pueblo. Yahvéh iba al frente.... durante la noche” (Ex 13,21). Caminar guiado por una columna de nube e iluminado por una columna de fuego puede sugerir muchos elementos. El apóstol Pablo nos dice en 1 Corintios 10, 1-4 que la nube y el fuego que acompañaban al pueblo de Israel era Cristo. Cristo lideraba en la mediación de Moisés, en la fragilidad de la nube y en el vigor del fuego. Las señales, aunque muchas veces parezcan insignificantes no escasean; son útiles, son una invitación y una oportunidad a seguir caminando. Es necesario vigilar y hacer camino con las señales que se tienen, discerniendo ahí lo permanente de lo pasajero y fugaz.

El peligro de volver al propio vómito (Pr 26,11)

El texto habla de la marcha de los hebreos y del arrepentimiento del faraón con la consiguiente persecución (Ex 14, 5-9), pero habla también del arrepentimiento que los hebreos tuvieron de haber salido de Egipto (Ex 14,10-12). Eso revela que no basta salir del lugar y del tiempo, es necesario salir también de nuestras viejas

costumbres, de los esquemas mentales y de los corazones oxidados. Es necesario colocar en nuestros ojos el colirio del Espíritu.

Algunos autores dicen que el faraón decidió perseguir y recuperar a los hebreos a quienes, poco antes, había permitido salir. La libertad de los hebreos trajo consigo la desinstalación, el trabajo, el sudor y el sacrificio de los que vivían una vida cómoda, y también la decadencia del concepto de poder y popularidad del faraón. Los que vivían en la mayordomía, ahora tienen que proveer su propio sustento, satisfacer las necesidades y la realización de sus proyectos con el trabajo de sus manos y el sudor de su frente. Por otro lado, los que siempre proveían el sustento y la satisfacción de las necesidades ajenas, necesitan ahora asumir el rumbo de su propia historia, sin embargo parecen desconfiar de sí mismos, de sus propias capacidades. Hay una complicidad afectiva implícita que debe ser eliminada para favorecer una libertad efectiva. El faraón siente la falta de los esclavos y un gran número de esclavos siente la falta del sistema faraónico.

¿En qué lugar se encuentra, hoy, la Vida Religiosa Consagrada, en Brasil?

La situación obliga a optar, es mejor adelantarse

Los hebreos están acorralados: por un lado el mar inmenso, misterioso, incógnito, aterrador, amenazador. Por otro lado, el ejército inflamado por la ira del faraón que se aproxima. ¿Qué hacer? ¿Volver atrás, pedir perdón y entregarse? ¿Quién puede garantizar que el faraón no usará el mismo procedimiento de antes y que los esclavos tendrán nuevamente lo que habían tenido hasta entonces? ¿Seguir caminando? Parece un suicidio colectivo. Llenos de pavor se vuelven contra el líder (Ex 14,10-12) y el líder recurre a Dios (Ex 14,13-15). Esto no ocurre por falta de meta, sino por falta de confianza y de protagonismo.

Parece que Moisés había tomado una decisión trágica, una empresa fracasada desde el inicio. Llegar al absurdo de morir sin sepultura es en sí mismo el fin más trágico imaginable. Ésta parece ser la previsión de los más realistas en un momento como el presente. “Picotear al jaguar con una vara corta” (en otra expresión: “Jugar con el fuego”) sabemos que hay personas que lo hacen. Sin embargo no es frecuente dejar lo certero para buscar lo dudoso. A veces es difícil distinguir entre prudencia y cobardía.

En Egipto los hebreos no tenían libertad, el trabajo era altamente humillante, envilecedor, estresante e inhumano, pero tenían donde estar, qué comer y un lugar para ser enterrados; “te dijimos: déjanos en paz” dicen los hebreos (Ex 14,12). Aunque estaban oprimidos por el faraón se sentían en paz. Ahora, libres de la opresión, pierden la paz. Caminar en la inseguridad, en la incertidumbre, es para ellos, más desgastante y sufrido que servir con certezas y seguridades esclavizantes. A eso es lo que llaman paz.

¿Será que la Vida Religiosa Consagrada no está satisfecha con la paz de Egipto? ¿Podemos dar nombre a los Egiptos de hoy? ¿Cómo está nuestra relación con él? ¿Cuál es nuestra opción: morir esclavos para recibir sepultura en Egipto o morir libres corriendo el riesgo de quedarnos en el desierto sin sepultura?

De la confianza pasiva a la entrega activa

La respuesta de Moisés invita a dar un paso en la fe, en la espiritualidad, a buscar el condimento que falta para que la caminata tenga sentido. Primero lo hace con un vigoroso “No temáis; estad firmes” (Ex 14,13). El miedo es el paralizante más eficaz de la historia, el miedo es la razón y la explicación del dominio de tanta maldad y la prevalencia de tanta sumisión, sujeción y gemidos callados, sordos y silenciados en nuestra historia. Moisés sigue con la declaración profética: “Los egipcios que ahora veis no los volveréis a ver jamás. Yahvéh peleará por vosotros” (Ex 14,13-14). La palabra de Moisés es espada de dos filos, pues los hebreos ya no creen en sí mismos, no confían en Moisés, ¿van a esperar en Dios? ¿Hará Dios algo por ellos?

Hoy también muchas personas esperan en Dios: piden, oran, lloran sentadas, mirando hacia la cima, esperando que les caigan las cosas en las manos. Ciertamente Dios va a hacer por ellas, pero lo hará con ellas. Dios no dispensa el protagonismo del pueblo. Hoy, esta actitud crece. Es frecuente esperar en Dios sin entregarse y sin dejar que su fuerza actúe a través de nosotros.

Moisés consuela a los hebreos con palabras, pero eso es apenas una pequeña parte de lo que sus liberados necesitan. Debe orientar encarnando la Palabra y poniéndose al frente, con una osadía “imprudente e inconsecuente”.

El milagro del protagonismo

¿Qué palabra ofrece Dios para un momento tan crítico y tan decisivo? Ofrece, antes que nada, una reprensión al líder: “¿Por qué sigues clamando a mí?” (Ex 14,15). ¿Qué manía es esa de recurrir siempre a mí para pedir socorro en el momento del apuro?⁶. En verdad no sólo el pueblo está perdido, también Moisés lo está. La Palabra es también una confirmación del proyecto original: “Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha” (Ex 14, 15). Diles que avancen, que continúen la misión comenzada, el rumbo indicado. Diles que no se desalienten delante del peligro a la vista. El futuro, la “Tierra de la leche y la miel” se encuentra al otro lado del mar. Los hebreos, así como Moisés, conocen la meta desde el principio. Salieron de Egipto con esta meta, pero están por abandonarla por los obstáculos que han surgido. Cesan de caminar, se detienen, se estancan, pierden la esperanza, se engañan. Esperaban un futuro inmediato y

deben construir no solamente su futuro, sino también el camino hacia él.

No basta animar y organizar a quienes guía, es necesario ir al frente de ellos: “Y tú, Moisés, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel entren en medio del mar a pie enjuto” (Ex 14,16). El mismo bastón que Moisés usó en Egipto para convencer al faraón de dejarlos salir (Ex 7, 8-13), ahora debe usarlo para abrir un camino en el mar. Usando el bastón avisa, anima y señala. El bastón es símbolo de poder, que Moisés usa como don concedido por Dios para el ejercicio de la misión, pero que el faraón usa como fuerza y astucia para someter a los demás y hacer valer su voluntad. El bastón-poder, no es un instrumento de auto apoyo, sino de servicio a los demás, en favor de todos. Moisés hace uso del bastón delante del “hombre de corazón duro” para convencerlo de que deje a los hebreos partir, y delante del misterioso mar para que se abra y los deje pasar.

El bastón levantado trae el viento del Este, que separa las aguas, seca el suelo y abre camino, según el texto del Éxodo (Ex 14,21). Si el bastón es símbolo de poder, el viento lo es del espíritu. Aquí está la relación entre el poder y el espíritu de Dios en el ejercicio de guiar al pueblo. El momento revela la necesidad de sintonía. El liderazgo es ejercido con el poder del espíritu para encontrar alternativas y abrir caminos.

Entre volver al faraón y lanzarse al mar se escoge la segunda alternativa, pues ella, y solamente ella, es signo coherente de la propuesta original de Dios. Ser asistido y acompañado, hacer su voluntad, no exenta de problemas, sino que anima a enfrentarlos, a desafiarlos y a superarlos. Y esto pide una osadía sobrehumana y ultra racional, exige que se asuman actitudes no comunes y conlleva el precio de ser signo de contradicción. El camino se vuelve fácil después de que muchos pies lo recorren. La vida nos enseña que todo lo que se encuentra hecho es porque alguien lo hizo precedentemente.

¿De qué manera la Vida Religiosa Consagrada usa el bastón que recibió de Dios? ¿En qué lugares, en qué situaciones, en favor de quién? ¿Qué caminos nuevos, la VRC, ofrece a las sociedades de hoy?

La ventaja de la hora

Los hebreos entran en el mar y, a partir de ahí, nace una nueva historia, o mejor dicho, su historia queda marcada para siempre. Todos, hebreos y egipcios, entran en el mar y comienzan a atravesarlo. La apertura del mar no es exclusiva para los hebreos, pero ellos van al frente, abren el camino, son los primeros, ellos tienen la bendición y la gracia de abrir camino, y por eso, también están a tiempo. Los demás van atrás, siguen sus pasos, copiando y aprovechando lo que ya ha sido hecho, viviendo como parásitos de lo creado. Los que van atrás están en otro tiempo, desfasados de la hora, pierden el tiempo de las aguas y son

engullidos por ellas, se pierden en ellas.

Quien vive cerca del agua conoce su ritmo y la influencia que tiene en la vida cotidiana. El mar es un espacio en constante movimiento, en constante transformación.

¿Cuál es el mar que la Vida Religiosa Consagrada necesita atravesar? ¿Qué necesita hacer para estar lista para ello? ¿Será que queremos la Tierra Prometida en la playa de entrada al mar, en vez de en la playa de salida? Los egipcios fueron tragados por las aguas porque iban atrás, y nosotros, ¿en qué posición estamos en esta travesía?

Del mar con Moisés hacia el mar con Jesús

Para quien encuentra maravilloso y distante el episodio del paso del mar, sugiero leer Marcos 6, 45-52, donde se puede establecer una relación más actualizada.

En el Éxodo, el pueblo pasa el mar y recibe el Maná (Ex 16,1-36). Aquí el pueblo recibe los panes y después atraviesa el mar. Allí, Moisés divide el mar y el pueblo pasa a pie enjuto (Ex 14,21-22). Aquí, Jesús “obliga” a los discípulos a tomar una barca y a precederlo, en la otra orilla del mar. Eso puede significar que el verdadero líder no siempre va al frente, sino que debe hacer de las personas que lidera, líderes también.

Allá, según el texto, atraviesan a pie enjuto, orientados y protegidos por la nube y la columna de fuego (Ex 14,19.24). Aquí, también en la barca se mojan los pies, atraviesan en la oscuridad de la noche, en la violencia del viento y en la turbulencia de las aguas, mientras que Jesús camina soberanamente sobre ellas. La barca es el nuevo instrumento de travesía. Ella fue usada también por los primeros cristianos como símbolo de la iglesia-comunidad. Parece que el poder del bastón divisor de las aguas fue sustituido por la simplicidad de la barca que resiste incluso los vientos contrarios. Jesús también prevalece sobre las aguas. La nube y la columna de fuego, ahora pueden representar la persona de Jesús que ya no va al frente sino más bien atrás. El mar no necesita ya ser dividido, los hebreos de hoy tienen la barca. Muchos, sin embargo, quieren saltar al mar en vez de atravesarlo.

Allá, encontramos el corazón endurecido del faraón (Ex 7,3.13.22; 8,11.15; 9,7.12.34-35; 10,1.20.27; 11,10). Aquí, el corazón endurecido de los discípulos, que impide comprender las señales (Mc 6,52). El faraón no ve a Dios en la acción de Moisés, ni los discípulos intuyen tal presencia en la acción de Jesús. El corazón endurecido impide percibir las necesidades de los otros, entender y acoger al otro en su alteridad.

Allá, la propuesta de Dios no había sido asumida por el pueblo. Aquí, la

propuesta de Jesús no es asumida por los discípulos. La Tierra Prometida y la persona nueva son, al mismo tiempo, don de Dios y construcción personal y comunitaria en la obediencia a Él.

Allá, entran en el mar porque es la única alternativa que no significa retroceso. Aquí, entran en el mar porque es necesario continuar el camino. Para muchos esto significa suicidio. Irónicamente es eso mismo, porque se debe asumir la muerte para nacer nuevamente. Es necesario matar lo preconcebido para que nazca el concepto fiel al original.

Pero el paso del mar es señal y la señal no alimenta. Es necesario tomar, acoger el rumbo que la señal indica. Moisés levanta el cayado, toca el mar, indica el rumbo y el pueblo va. Los discípulos, incluso después de atravesar el mar, no entienden el signo de los panes.

¿Qué dificulta o impide a esta generación avanzar? El miedo al mar, la incertidumbre de lo que viene después, la nostalgia del pasado, la falta de liderazgo, la falta de espíritu...

Concluyendo sin concluir

Quiero dejar claro que todos estos cuestionamientos no significan pesimismo o desconfianza en relación a la Vida Religiosa Consagrada. Están ahí para provocar que se prosiga el camino, pues acomodarse es sofocar lo bueno y es enemigo de lo óptimo. Existe una inquietud saludable y una calma perjudicial. Aunque estimemos y apreciemos lo que tenemos y lo que somos, como peregrinos/as y forasteros/as sabemos que tenemos todavía más por alcanzar de lo que ya hemos alcanzado.

¹ B. S. Childs, *Exodus*, Old Testament Library, 1984, páginas 237-238.

² Los hebreos son una categoría social más que un grupo que descende de una sola familia. Para profundizar en esto ver N. K. Gottwald, *As Tribos de Jahweh*, Paulinas 1980, páginas 409, 428 y 429.

³ Sobre los Hicsos ver N. K Gottwald, *As Tribos de Jahweh*, páginas 399-402.

⁴ La XIX dinastía a la cual pertenecen los faraones Ramsés I, que inició la dinastía, y Ramsés II al cual se le atribuye el régimen más violento de opresión a los hebreos a

punto de salir de Egipto, duró de 1308 a 1186 a.C. Tuvo siete reyes y una reina. Cfr Lehneret y Landrok, *Egypt*, Cairo, 1981, página 32. La opinión difiere de la de G. Alan, *La Civiltá Egizia*, Einaudi, 1985, páginas 226-255.

⁵ Realidad ambigua, porque el éxito del faraón es el sufrimiento de las poblaciones que ocupaban el territorio.

⁶ Ver M. Noth, *Esodo*, Paidéia, Brescia, 1977, p. 141.

CORRIENDO PARA ALCANZAR AL ESPÍRITU: ESPÍRITU DE ESPERANZA

Hna. María Chin, RSM

La Hna. María Chin, Religiosa de la Misericordia, originaria de Kingston, Jamaica, es titular de una licenciatura en Historia, obtenida en la universidad de las Antillas, y de una maestría en el Ministerio de formación en la Universidad Duquesne (EE.UU.). Su curriculum vitae comprende también algunas experiencias como profesora de Liceo, acompañante de retiros, coordinadora regional en Jamaica y formadora; en fin, ocho años de servicio en el equipo de liderazgo de las Religiosas de la Misericordia.

Original en inglés

Hace una semana, presionada por el tiempo limitado y la sobrecarga que representa mi regreso a Jamaica después de 5 años pasados en Estados Unidos, me encontré literalmente “corriendo para alcanzar al Espíritu”, para encontrar una inspiración en vistas a esta conferencia. En un momento de lucidez, sin duda provocado al ver el nombre del Hermano Don Bisson, FMS en este programa, recordé un sueño que tuve hace mucho tiempo, antes de hacer un retiro dirigido por Don Bisson. En este sueño me encontraba en medio de un campo vasto y desierto, sin nada que estuviera a la vista... De pronto, apareció una manada de vacas que corrían hacia mí, amenazando aplastarme. Aterrorizada y petrificada, traté de correr con más ligereza que las vacas, realizando al mismo tiempo que esta tentativa sería en vano. Lo que debía hacer, era correr con las vacas. En el momento en que me puse a hacerlo, desperté. Más tarde, Don me explicó que según Jung las vacas simbolizan la feminidad, un elemento de información que contiene lo que espero desarrollar en esta ponencia.

Hace muchos años que soñé esto. Fue al final de una sesión de formación organizada con el fin de dar a conocer, a las religiosas, la realidad de Haití. He envejecido y esto me lleva no solamente a reunir mis recuerdos ligados a escenas del pasado, sino también a realizar que un recuerdo conduce a otro. Cuando continuaba corriendo para alcanzar el mensaje del Espíritu para hoy, algunas chispas de esta experiencia me vinieron a la mente; comprendí que a pesar de la restauración de la democracia y de las promesas de la “Comunidad Internacional”, nada ha cambiado de manera significativa para el pueblo haitiano. El antiguo proverbio creol “después de la danza, el tambor se siente pesado”, es una

realidad que se vive cada día en la ausencia de medios para abordar las situaciones legales, económicas y sociales del pueblo haitiano, así como los problemas de pobreza, de hambre y de desempleo. Pensé en el alto nivel de conciencia política del pueblo y en la difícil tarea de crear la democracia.

Gusté, una vez más, el sabor de fragmentos de conversación con grupos de personas, especialmente con mujeres de toda condición, que no temían lamentarse o quejarse. Ellas se atrevían a decir, en voz alta, cuán insoportable se les hacía el sentimiento de pobreza y a veces de desesperanza, cuán grande era su ansiedad, y cuán profundas las consecuencias de su miedo. Al mismo tiempo, tenían una manera maravillosa de poner las cosas en perspectiva, por ejemplo, la utilización artística de la estrategia, la risa sabia delante de las cosas incongruentes de la vida, las carcajadas a expensas suyas. Esto me recordó que las personas confrontadas a cuestiones de verdad y de justicia tienen a su disposición algo más que sus propios recursos limitados; están profundamente tocadas por una luz y una fuerza que no vienen de ellas. Esto no es más que la esperanza, una parte del deseo de Dios, que circula en todo nuestro ser como una savia. (Cynthia Bourgeault).

Cada conversación podría proporcionar un tema interesante para esta presentación, sin embargo hay una foto que golpea mi imaginación y toca a la ausencia total de sentido que experimento al enfrentarme a una pobreza y a un sufrimiento inexplicables. La fotografía se centra en una pequeña copa de poliestireno que parece que alguien colocó detrás de la enorme llanta trasera de un camión, como para impedir que siga su trayectoria. Abajo, el fotógrafo escribió cuidadosamente: *Estáis llamados a tener grandes esperanzas. ¿Una pequeña copa de poliestireno que obstruye y resiste la fuerza poderosa de un enorme neumático? ¿Incongruente? ¿Ridículo? ¿Sin esperanza? Puede ser. Sin embargo, esto nos recuerda otra historia. Se dice que Napoleón, al final de su vida, hizo la observación siguiente: "¿Sabéis qué es lo que me asombra más en el mundo? La incapacidad de la fuerza para crear algo. Al fin de cuentas, el sable es abatido siempre por el Espíritu"*.

La esperanza es la gran realidad, el espíritu del pueblo Haitiano. Llega hasta lo profundo de su vida cotidiana y da consistencia a su increíble capacidad de sobrevivir.

Estos recuerdos me conducen más allá de Haití, pues soy consciente de que estas historias no son únicas de Haití. En el mundo entero se escuchan y se cuentan historias similares de personas que viven privaciones económicas, el temor y la violencia, la degradación y la opresión, que son confrontadas en su vida al caos y a la confusión y salen de ellos llenas de esperanza. Para ellas, esperar es una ética de liberación (Robert Raines). Para sobrevivir, estas personas crean estructuras que comprometen las bases de las comunidades. Ellas se

reúnen, a veces corriendo grandes riesgos, para compartir sus dones y talentos; se enseñan mutuamente sus competencias y conocimientos técnicos; desarrollan programas de alfabetización y sistemas de operación bancaria domésticos. Cuentan con los recursos espirituales de la oración, el estudio, el arte y el teatro, la música, la concientización, la cólera ante la injusticia, la organización de la comunidad a pequeña y grande escala, el apoyo de mentores y el poder de la amistad.

Esperar es también una ética de resistencia. Existe una fuerza inmensa en estos grupos, formados en torno a exigencias y a existencias cotidianas de personas ordinarias. Buscan compartir con un alma hermana y luchan en la perspectiva del Evangelio para lograr pequeñas transformaciones donde sea posible. Estos esfuerzos que fueron iniciados para ayudarse mutuamente en la lucha contra la opresión política, dirigen ahora sus energías hacia la lucha económica en muchas de estas situaciones. Y es ahí en donde aparecen como crucificados – estirados verticalmente por su profundo deseo de un desarrollo sostenible y de un cambio sistémico, empujados y estirados horizontalmente por sus necesidades inmediatas y cotidianas de alimentación, vestido, habitación, salud y educación, - cosas básicas de las cuales ellos tienen muy poco.

Al recordar mis encuentros con una veintena de personas que están en una situación desastrosa y cuyas vidas peligran ante la cultura de violencia y de muerte que nos rodea, veo cómo es imposible explicar este espíritu de esperanza; se puede entender sólo por el hecho de que son profundamente conscientes de que el Espíritu de Dios está actuando en su vida cotidiana. Esta conciencia les hace comprender que el Evangelio es político en el sentido más profundo del término, que su vocación consiste en participar en el trabajo del Espíritu y resistir a la injusticia en sus comunidades y en sus naciones. Para ellos la única opción es permanecer solidarios para luchar contra “el poder de la muerte”, con el fin de comprender y de sobrevivir. “Si no podemos vencer, podemos impedir el ser vencidos”, me dijo una mujer. Ella era miembro de un grupo de pequeños comerciantes a quienes los militares destruyeron sus tiendas y sus mercancías.

Un aspecto fascinante de todo esto es que a menudo vi, de manera fugaz, imágenes bíblicas de Dios, por ejemplo el amor extremadamente protector de la madre osa cuando alguien ataca a su cachorro, o la fuerza del águila desplegando sus alas para proteger a su hijo; vi estas imágenes de Dios reflejadas y vivas en las madres fuertes y valerosas, de Rwanda, estas madres que soportan el hambre para que sus pequeños puedan comer; las madres que, en África, ven a pueblos enteros morir de sida; las madres que piden justicia y trabajo para sus hijos e hijas.

Insisto, un poco pesadamente, para mostrar que todas estas historias hablan de la creación. Hablan de vosotras, de mí y de lugares en nuestras vidas

y en nuestro mundo en donde la Sabiduría, el Espíritu de Dios, está verdadera e íntimamente presente, lanzando un reto a la misión de Dios en nuestro mundo, a la vez que conduce la Iglesia e impulsa a los religiosos y religiosas a correr detrás de Él, para captar Su presencia portadora de vida y de sanación, y para hacer realidad el poder del amor en la historia, el poder de la justicia y de las relaciones justas en nuestro mundo (Gary Riebe-Estrella, svd).

Reflexionar en estas realidades me ha llevado a dos convicciones que quisiera desarrollar. La primera convicción que quisiera explorar es que existen personas de fe “corriendo para alcanzar al Espíritu” y dan una nueva definición al término comunidad: una erupción de compasión y de solidaridad.

En el mundo entero, insiste Kosuke Koyama, las experiencias de vida de las personas más desprovistas llegan a nuestras conciencias como un viento fuerte de Pentecostés. Estas personas desfavorecidas están leyendo nuevamente el Evangelio a partir de su experiencia de vida y con mucha imaginación; están reclamando la subversión del Evangelio. En el mundo entero, en lugares de esperanza, el Evangelio está revelando palabras poderosas sobre la solidaridad de Jesús con la historia. La misericordia y la compasión de Jesús son tan inmensas que Él continúa su ministerio de sanar y reedificar donde puede, y está con nosotros en el dolor de la humanidad y en la angustia de la creación.

En el mundo entero, el Evangelio está revelando palabras fuertes, expresando aspectos cruciales del Evangelio que han estado por largo tiempo ignorados, como la armonía con toda la creación, la integridad y la integración, el compartir y la colaboración. Este paradigma del “partenariado” habla de personas que tienen historias únicas que contar. Invita a relaciones basadas en la igualdad, la mutualidad, y el compartir, y enfatiza el servicio y el poder como energía. Escuchamos el Evangelio que nos habla de conexiones y de interdependencia, de integración y de integridad, de salvaguardar y no de explotar, de abundancia y no de penuria, de solidaridad y no de competencia; de una humanidad inclusiva y de transformación de la conciencia. Este paradigma propone una forma alternativa de ser discípulo que nos urge a recobrar la orientación comunitaria fundamental del Evangelio. Esta orientación nos llama a cruzar de un lugar seguro y confortable en donde estamos, a la otra orilla, y a situarnos con otras personas que no tienen más que sus recuerdos, la fe, y la esperanza; a crear, a partir de ello, opciones alternativas a la cultura de muerte que los rodea.

La palabra “solidaridad” ¿puede significar lo mismo para personas que se sienten seguras, bien alimentadas, bien educadas y bien vestidas, que para personas cuyas vidas se encuentran en peligro constante? ¿Han pensado alguna vez cuán profunda debe ser su ambivalencia cuando se relacionan con aquellos/as de nosotros/as que aparentamos tener tantos bienes?

Hermanas de la Misericordia de las Américas, mencioné a mi Congregación que ser solidarias con los demás podría ser el punto crucial de nuestra transformación y el reto más grande que debemos afrontar como Iglesia y como religiosos y religiosas. Actualmente, estoy aún más convencida de que se trata de un dilema crucial que merita nuestra consideración y que merece ser repetido aquí, ahora, pues me dirijo a vosotras que juegan un papel esencial en el proceso de formación de los nuevos miembros en la vida religiosa.

Hace varios años, Albert Nolan, un sacerdote dominico, sud-africano, nos hizo una descripción lúcida de los llamados del Evangelio en nuestra situación contemporánea de gran desequilibrio y de sufrimiento. Según él, ser solidario es un camino espiritual de transformación que pasa por “diferentes etapas con sus propias crisis o noches oscuras y con sus propios descubrimientos o iluminaciones”. Este viaje nos lleva, a través y más allá de la compasión, a través y más allá de los rigores del análisis y de la comprensión intelectual de lo que causan tales angustias, confusión y desesperación, a descubrir la realidad incómoda, que perturba, a pensar que aquéllos que creíamos que necesitaban nuestra ayuda se salvarán con o sin nosotros. De pronto, nosotras/os que estamos acostumbradas/os a ser maestras/os de la situación, encontramos otras personas “llevando nuestros zapatos”. Aquellas personas que pensábamos liberar son de hecho nuestras liberadoras. No podemos ser liberadas/os sin ellas. En términos teológicos, Nolan hace notar que necesitamos descubrir, no simplemente en nuestra mente sino en nuestra experiencia vivida, que quienes son vulnerables y cuya vida está en peligro son los instrumentos elegidos por Dios para transformar el mundo. La solidaridad verdadera comienza, dice Nolan, cuando reconocemos que formamos parte de los procesos de solidaridad que construyen juntos los pobres y los afligidos de la tierra, y comprendemos la forma en la que el Espíritu nos conduce y trabaja en nosotras/os y a través de nosotras/os.

En términos espirituales, dice Nolan, esto puede crear en nosotras/os una crisis real y nos puede conducir a una verdadera y profunda conversión, a una forma diferente de caminar con el pueblo y de luchar juntos por una vida en plenitud.

Gloria Albrecht va en el mismo sentido pero lo expresa de manera más directa:

“Aprender a utilizar el poder de los que dominan con el fin de liberar a otros de la opresión y liberarnos a nosotros mismos de la tentación de dominar, es una conversión a una nueva manera de avanzar... Para los cristianos (blancos) privilegiados, es el riesgo, en la fe, de cambiar de dirección y de caminar con aquéllos que están viviendo la resistencia a la opresión creada por nuestros privilegios. Es un riesgo utilizar nuestros recursos para apoyar a las personas en su resistencia continua que, si logra el éxito, nos descentrará”.

Pienso que ahí se encuentra el punto crítico del reto que debemos enfrentar como pueblo creyente: cambiar de rumbo y caminar con aquéllos que están resistiendo a la opresión creada por nuestros privilegios; aprender de ellos, lo cual significa no tener privilegios, estar des-centrados. ¿Qué quiere decir esto concretamente? Honestamente no lo sé. Soy consciente, dolorosamente, de mi falta de imaginación en la materia. Desde que regresé a Jamaica, no pasa un día sin que me enfrente a este dilema y sin tener respuestas concretas que dar, pero con el presentimiento de que se necesita una reorganización verdaderamente radical de nuestra experiencia de vida, una transformación de la conciencia que, según Béatrice Bruteau, pide un cambio global (gestalt) de la manera de concebir nuestras relaciones con los demás. De manera que nuestros sentimientos (energías) y nuestros modos de comportamiento cambien de adentro hacia fuera. Esto me lleva a una segunda convicción que está relacionada con lo que acabo de decir. En todo el mundo, las personas corren para alcanzar al Espíritu. Nosotras y nosotros, religiosas y religiosos, somos invitadas/os a tomar parte en esta creciente toma de conciencia de que el Espíritu de Dios está actuando, que sopla donde quiere, para crear cosas nuevas donde nunca han existido.

Cuando leí las ponencias presentadas en la reciente Conferencia anual de LCWR (Conferencia de las superiores mayores de Estados Unidos), me fascinó ver cuántas veces los ponentes hicieron una llamada a la contemplación y a la transformación. Inmediatamente las intuiciones de Béatrice Bruteau me vinieron a la mente. Ella ve la contemplación como una experiencia y una toma de conciencia. Para hacer justicia a su increíble modo de pensar, quisiera ahora invitaros a una especie de “lectio divina” y pedir os escuchar atentamente y con cuidado algunas ideas que están en su libro: *The Grand Option*.

- Vivimos al final de una era, al alba de una nueva época... Lo que hace que esta época que comienza sea realmente nueva, es que nos introduce en un desplazamiento verdaderamente radical de nuestra experiencia de vida. Cuando hablamos de “revolución”, no queremos decir algo como un simple golpe de estado, donde un grupo de dirigentes es reemplazado por otro, mientras que la estructura de gobierno permanece igual; esto es simplemente una rebelión. Una verdadera revolución debe ser un cambio radical de la manera de concebir nuestras relaciones de unos con otros, para que nuestros modos de comportamiento sean transformados del interior hacia el exterior. Toda revolución digna de este nombre debe ser primero una revolución de la conciencia.
- De muchas maneras se puede abordar una especulación sobre la nueva conciencia, pero uno de los lugares en donde el velo que esconde el futuro ante nuestros ojos se ha ido gestando y volviéndose transparente, es el campo de la conciencia femenina que se acrecienta en el mundo. Efectivamente, de todas las sombras que la nueva época está presentando,

puede ser que ésta sea la más reveladora pues toca todos los niveles de nuestra vida, desde lo material, biológico y tecnológico, pasando por lo económico y lo político, hasta lo emocional y social, lo artístico, lo religioso y lo metafísico.

- ¿Qué entendemos por conciencia femenina? Femenina es una palabra polar, significativa por sus contrastes con su complemento masculino. El eje de polaridad puede ser elegido de diferentes maneras y sus orientaciones marcan una diferencia esencial en la concepción que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo: sumiso/dominador, oscuro/luminoso, que siente/que piensa, local/global. Como polaridad generalizada, -más allá de las relaciones mujeres-hombres-, estos ejes han caracterizado gran parte de la percepción, organización y funcionamiento de nuestro mundo. Basta pensar en las discriminaciones raciales, en la explotación económica y en la dominación política para realizar cuánto el paradigma sexual ha dominado numerosos aspectos de nuestra vida.
- Cuando los que se sienten oprimidos por estos patrones sociales comienzan a resistir, por lo general tratan simplemente de ir de un extremo del eje hacia el otro... Es importante reconocer que tal movimiento no es el anuncio de una nueva época. No podrá nacer un futuro significativo mientras que la orientación del eje mismo no sea desplazada para representar la realidad; es decir, que un polo no tiene más valor que el otro. El método de la conciencia femenina funciona no excluyendo sino incorporando. De la nueva conciencia femenina del futuro se puede esperar que acoja contribuciones racionales masculinas para conservarlas y absorberlas, incrustarlas en la matriz de sus propias ideas intelectuales y finalmente dar vida a un nuevo ser, a un nuevo mundo.
- Necesitamos esta nueva perspectiva para considerar, de otra manera, nuestras relaciones fundamentales en el área personal, social y económica, y necesitamos nuevas imágenes para presentarlas, de manera simbólica, a nuestra imaginación; imágenes que a su vez influirán, en gran parte, en la orientación de nuestra vida. Si la polaridad sexual sirve de paradigma para expresar las relaciones sociales más amplias, haríamos bien en explorar maneras alternativas de experimentarla.

Comprendí que Bruteau dice que la nueva conciencia femenina no consiste en reapropiarse de los sentimientos instintivos y de las emociones, de la sensibilidad psíquica y de las características mágicas de las etapas anteriores del desarrollo humano. No se trata, tampoco, de reapropiarse del uso de la razón y de la objetividad desapasionada que tanto se ha valorado en estos últimos tiempos. Esta nueva conciencia femenina es algo diferente –la próxima espiral de progreso– una intuición intelectual o comprensión de sí, un acto del espíritu que integra la conciencia masculina, orientada, analizada y especializada, a la conciencia femenina

que es general, sintética y globalizante. Esta nueva conciencia femenina se agarra a lo que comprende como un todo – una gran corriente de vida que circula a través de todo. Bruteau sostiene firmemente que la única manera de cambiar nuestra manera de creer es cambiando nuestra manera de relacionarnos concretamente con todo lo que existe. Debemos ver nuestra relación con los demás no en términos de complementariedad dependiente o de carencia, sino en términos de abundancia, de madurez personal y de energía desbordante. Pues todos tenemos esta energía desbordante. Y esto no es más que el Espíritu de Dios viviendo en nuestros corazones.

Al principio del año del Jubileo de la Conferencia de la Formación religiosa, Gary Riebe-Estrella pronunció estas fuertes palabras:

“El Espíritu, que desde el origen ha sido la presencia activa de Dios en el mundo, condujo a Israel, después a Jesús, y ahora impulsa a la Iglesia a correr detrás de Él, para alcanzar su presencia portadora de vida y de sanación; la impulsa para indicar que Él conduce el pueblo hacia una humanidad floreciente y hacia una reconciliación con sus diferencias, para caminar ligeramente sobre la tierra donde el Espíritu es la energía interior. El Espíritu, a través de su actividad, hace progresar la misión de Dios en nuestro mundo. Y esta misión divina ha sido confiada a la comunidad de fe, la Iglesia... La Iglesia es la comunidad encargada de alcanzar al Espíritu. Si correr para alcanzar al Espíritu es la función de la Iglesia, en esto consiste también, necesariamente, la fuerza que impulsa a la vida religiosa (o que corre por debajo de ella). Es la que produce el movimiento de esperanza”.

Comprendí que la palabra *espíritu*, en griego es neutra, en hebreo es femenina y que en la era cristiana la hemos masculinizado. Sea como sea que llamemos al Espíritu, expresa la revelación progresiva que Dios hace de sí mismo. El Espíritu permanece siempre dinámico, siempre enigmático, siempre sanando y consolando, y al mismo tiempo, siempre perturba. A medida que me dejo convencer por las intuiciones de Bruteau, me parece que el Espíritu nos está atrayendo y empujando, para transformarnos.

Para mí, esta conciencia de estar encargada de correr para alcanzar al Espíritu no es más que una apelación, un llamado relacionado con la incursión de Dios que da libertad, distancia y perspectiva a todas las otras inquietudes. Aquí concuerdo con el punto de vista de Walter Brueggemann. Para él este llamado no es simplemente una noción formal o una experiencia que da energía. No es simplemente un acontecimiento significativo. Es la dinámica permanente de la apropiación creciente y poderosa de los corazones que quieren ser fieles. Brueggemann lo ve así:

“Tener un sentido evangélico del llamado es abandonar las seguridades de nuestro mundo... Necesitamos reconocer que ese sentido del llamado, en nuestros

tiempos, es profundamente contra-cultural porque las primeras reivindicaciones ideológicas de nuestro tiempo, son las reivindicaciones de la autonomía: hacer sus propias cosas, realizarse, afirmarse, la satisfacción propia. La ideología de nuestro tiempo propone que alguno pueda vivir “una vida sin llamado”, una vida que no tiene referencia con ningún objetivo más allá de sí mismo”.

Ciertamente, éste es un llamado a la conversión y sugiere una danza fascinante entre la libertad humana y el propósito divino. El propósito divino nos compromete en una lucha; una lucha relacional para comprender cómo la ferocidad y la gentileza pueden coexistir, cómo la dureza y la suavidad se unen, cómo la compulsión y la liberación son compatibles, cómo la deliberación y el desprendimiento se entrelazan, y cómo estas fronteras deben negociarse en el proceso de cambio, de la metanoia. Y aquí nos encontramos en el centro de una paradoja. Metanoia no es tanto lo que elegimos cambiar, sino el hecho de ser cambiado, respondiendo, en la fe, a las situaciones que no hemos elegido, o a las que jamás hubiéramos elegido en un principio.

Para muchas/os de nosotras/os, es un gran paso comprender lo que Dios quiere para nosotras/os, lo que Dios desea para nosotras/os; lo que muchas veces hemos llamado “la voluntad de Dios” abunda en nuestra vida cotidiana. Esta voluntad de Dios la encontramos en cada esquina, en la vida ordinaria de cada día. Y solamente cuando cedemos ante un Dios que nos acosa, algo nuevo puede ocurrir. Solamente cuando nos entregamos completamente al misterio de esta divina presencia, cuando nos dirigimos hacia “el Horizonte que atrae” y que nos lleva a la realización del proyecto divino, podemos conocer esta revelación más profunda, más intensa, más íntima del corazón de Dios, y el Espíritu de Esperanza.

En conclusión, quiero admitir que es extremadamente arriesgado y costoso creer verdaderamente que el Espíritu de Dios está presente y vivo en nuestra historia humana, iluminando y capacitando a los pueblos y a sus comunidades, e invitándolas a participar en la misericordia envolvente de Dios y a tener acciones creativas de esperanza y de liberación. Es arriesgado y costoso porque somos llamados a un mundo donde las cuestiones espirituales decisivas de poder y de amor, de generosidad y de egoísmo, de violencia y de compasión nos comprometen en una lucha cotidiana para descubrir cuál es la voluntad de Dios para hoy. Es peligroso porque esto significa involucrarnos en la vida de este mundo, en términos que implican, siempre, arriesgar la muerte bajo alguna forma. El riesgo es grande cuando debemos dejar nuestras seguridades y caminar hacia lugares fracturados, lugares dislocados en nuestro mundo, donde el Espíritu de Dios nos atrae para experimentar lo que alguien ha llamado “la inquietud de la fe”; cuando la ausencia de Dios se experimenta de manera más real que Su presencia, y que la única cosa tangible a nuestro alcance, es nuestra impotencia, nuestra cólera y nuestra rebeldía ante el sufrimiento, la avaricia, la destrucción y la obstinada

crueldad a nuestro alrededor.

Pero podemos recobrar el valor cuando recordamos que tenemos una relación de colaboración con Dios que ama este mundo. En Cristo, Dios se despojó de su divinidad para hacerse solidario de nuestra humanidad, para que aprendiéramos la manera de caminar con aquéllos que llevan una vida de resistencia a la opresión creada por nuestros privilegios. Jesús “viene” a nuestro mundo para mostrarnos cómo amar en el seno mismo de nuestros miedos, de nuestro mundo roto. Viene para decirnos que el amor está en el frío cruel de esta cueva llena de ruidos de animales y de otras cosas; ahí hay viajeros y extranjeros, sufrimiento, desorden y la sangre de un nacimiento. Delante de estos seres desconocidos y aterradores que descienden del cielo, los hombres, los jóvenes y sus rebaños están completamente atónitos y asustados. Y ahora nos toca, a personas temerosas como vosotras y yo, llevar el mensaje de amor, de ternura y de justicia a nuestro mundo que tiene ansias de esperanza.

Y María guardaba estas cosas como un tesoro, las meditaba en su corazón y exclamaba: “Mi ser proclama la grandeza del Señor”.

En estos días de Adviento podríamos volvernos hacia María, Virgen y Madre, “que rompe” fronteras, que personaliza el escándalo de la encarnación. ¿Quién mejor que ella puede comprender la mirada y la espera, la escucha y la acogida? ¿Quién mejor que ella puede comprender y enseñarnos a pasar del miedo a la aceptación de un amor que no ha nacido, aún invisible y desconocido? ¿Quién, mejor que ella, puede comprender y enseñarnos cómo entrelazar, en el tejido de nuestras vidas, los hilos delicados de la gracia que Dios nos presenta en el deseo ardiente del Espíritu?

-
- Kosuke Koyama, temas principales de su discurso en la Asociación Internacional de Estudios Misioneros (Hawai, 6 de agosto de 1992).
 - Gloria Albrecht, *Character of our Communities*, editado por Abingdon Press.
 - Beatrice Bruteau, *The Grand Option*, editado por Notre Dame Press, Indiana, 2001
 - Ibid. Espero que me perdonarán el haberme tomado tanta libertad con la obra de Beatrice Bruteau. La he citado libremente, a veces palabra por palabra, a lo largo de esta presentación; a veces he examinado y a veces he interpretado sus palabras.
 - Walter Brueggemann, *Hopefull Imagination, Prophetic Voices in Exile*, editado por Fortress Press, Filadelfia, 1986

*DESCALZOS ANTE DIOS, DESCALZOS
CON EL PUEBLO
III ENCUENTRO NACIONAL DE VIDA
RELIGIOSA JOVEN.*

Manuel Ogalla, CMF

Manuel Ogalla, CMF, es un joven Misionero Claretiano, que estuvo bastante implicado en la organización del encuentro de Granada. Nació en 1983, ha hecho su primera profesión en 2005 y ahora está terminando en Madrid sus estudios de Teología.

Para entender bien este artículo, publicado en la revista Vida Religiosa, número 3/vol. 105, marzo 2008, conviene tener en cuenta que los religiosos y religiosas jóvenes españoles han ido celebrando varios encuentros en los últimos años. Uno en Barcelona, en 2003; otro en Valencia en 2005 y éste de Granada (2007).

Original en español

Dos años después de experimentar la locura de la Cruz, quitándonos armaduras y caretas en el marco de una Valencia convertida en castillo medieval, la Vida Religiosa Joven que comparte vida y misión en España, volvió a reunirse por tercera vez. En esta ocasión, el acontecimiento tuvo lugar entre el 6 y el 9 de diciembre del pasado 2007, disfrutando de la acogida cálida y cordial de la ciudad de Granada.

La conferencia inaugural, los quince talleres temáticos, las celebraciones y momentos comunitarios de oración, los proyectos solidarios que visitamos, la creatividad del arte y el humor en contacto con la hondura del mensaje, la variedad intercultural enlazada a través del ritmo y el compás..., todo fue hilvanándose bajo la experiencia vocacional de Moisés en el Horeb. Los blasones y candelabros del siglo XII, que estuvieron acompañándonos en Valencia, se habían convertido en una llama ardiente en la cima de la montaña.

Partiendo de un lema sencillo pero tremendamente sugerente (*Descalzos ante Dios, descalzos con el Pueblo*), unos ciento sesenta jóvenes apasionados por Cristo y por la humanidad compartimos nuestras inquietudes, dificultades, anhelos y esperanzas, intentando vislumbrar nuevas pistas sobre nuestra presencia profética en el mundo, sobre nuestra misión en la Iglesia y en la sociedad como Vida Religiosa Joven en los albores del s. XXI.

Descalzos ante Dios...

“Dios dijo a Moisés: No te acerques; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es tierra sagrada” (Ex 3,5).

La vida religiosa en general, pero especialmente los más jóvenes en ella, puede hallar en Moisés un icono iluminador de su ser y de su hacer. Por diferentes que puedan resultar los carismas y los estilos, un religioso comparte el mismo suelo firme que sostuvo las flaquezas del profeta de Madián. Y este suelo firme es únicamente el saberse envuelto por el Misterio inabarcable que se le manifestó en una zarza ardiente. La teofanía del Horeb provocó en Moisés el vértigo de experimentar la cercanía de un Dios que parecía distante. El proyecto liberador por antonomasia comenzó con la intimidad de un encuentro sorprendente.

Sin duda, aquí radica nuestro punto de partida, nuestro principio fundante, la preocupación última que posibilita posicionarnos ante la realidad que sale a nuestro paso. Nosotros, los jóvenes de la vida religiosa, compartimos con Moisés la posibilidad de mirar atrás y saborear que en el principio sólo aconteció el regalo del encuentro. Quizás, enfrente de nosotros no descubrimos una llamarada entre las zarzas, ni la cotidianidad de nuestros días es pastorear el rebaño de nuestro suegro, pero sí podemos afirmar que nuestra rutina se vio sobresaltada por la sorpresa de un Dios que se empeñó en conmovernos, casi sin permiso, los cimientos de nuestra tierra particular, haciéndola, por puro don, tierra sagrada.

El encuentro transformante con Dios es el que provoca en nosotros, como en Moisés, la necesidad existencial de *descalzarnos*. Porque descalzarse ante Dios supone reconocer la frialdad del suelo que pisamos, recordándonos nuestras indigencias y debilidades. Descalzarse ante Dios implica el despojarnos de nuestras ingenuas seguridades y mostrarnos, sin ambages, mendicantes de la Gracia...

Moisés se descalzó, se tapó la cara temeroso y reconoció su pequeñez, pero nunca imaginó la respuesta con la que Dios le seduciría del todo: “*Yo estoy contigo*”. Nuestro Dios se empeña en invitarnos a pasar a su ‘zapatería’, o lo que es lo mismo, calzarnos de su presencia constante. Una presencia en muchos momentos velada y casi oculta, pero también contundente e iluminadora. La Vida Religiosa Joven, ésta que ha experimentado el encuentro con Dios en lo ordinario del día a día, ésta que se ha descubierto descalza de seguridades y a la intemperie, es, al mismo tiempo, la que tiene la certeza de que Dios convierte la mudez en locuacidad, las muletas en trampolines, la pequeñez en grito profético, la frialdad en fuego que arde y abrasa.

De este modo quisimos vivirlo y transmitirlo en Granada. Los religiosos y religiosas que comenzamos la andadura de seguir a Cristo como consagrados no queremos ser relegados al perenne ‘banquillo de los inexpertos’, porque reconozcamos que aún nos falta mucho por crecer y aprender de quienes nos han

precedido en el camino de la fe; no somos superficiales activistas, porque queramos derrochar ganas de vivir; no escatimamos en amar con locura nuestra tradición y nuestro Instituto, porque apostemos por la novedad y el dinamismo vitalizador; no somos irrealistas o ignorantes, porque soñemos con una vida religiosa que, dejándose quemar por el fuego del Espíritu, otea el horizonte de nuevas propuestas y estilos... En el fondo, la vocación de la vida religiosa en general, y la más joven en particular, puede ser resumida con la misma experiencia fundante de Moisés: “Vivir descalzos ante Dios”.

...*Descalzos con el Pueblo.*

“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores” (Ex 3,7).

El Dios ante el cual Moisés se descalzó no era, ni sigue siendo, un Dios aséptico y ajeno a la realidad concreta de los hombres y mujeres de nuestra desbocada sociedad. El Dios que provocó que Moisés quitara las sandalias de sus pies es el que oye y ve la opresión del pueblo. Es un Dios con entrañas maternas, que siente tan suyo el dolor de la gente que se vincula estrechamente a su situación, y lo hace hasta el punto de llamarlo: *mi* pueblo. Seguramente, Moisés no fuera ciego ni sordo, como tampoco lo somos nosotros, pero en el momento en que experimenta el mismo ver y oír de Dios su visión se vuelve diáfana y su oído se afina.

La misión que Dios encomendó a Moisés era bien clara: sacar a su pueblo de las fauces del poder opresor, romper la dinámica de injusticia estructural que está mermando la profunda identidad del pueblo, esto es, ser Pueblo de Dios y no pueblo del faraón. El Dios que sufre con el que sufre y llora con el que llora le pidió a Moisés que hiciera suya la realidad hiriente de los israelitas, que viviera descalzo con el pueblo.

Uno de los marcados acentos que rezumó durante todo el encuentro de Granada fue, tal y como hizo Moisés, el anhelo de oír y ver los *Egiptos* de la actualidad, abrir las puertas y las ventanas de cada comunidad y sentir que el otro es mi hermano, que me afecta y conmueve del mismo modo como la realidad de los israelitas conmovía las entrañas de Dios. Vivir descalzos con el pueblo, en su raíz más profunda y en su sentido más palpable, es calzarse los zapatos del otro, tomar partido en las luchas cotidianas de los vecinos. No hacen falta heroísmos aventurescos que rocen lo ‘snobista’. Ponerse el calzado del otro es atreverse a mirar a los ojos, salir de nuestros férreos esquemas y compartir una taza de café, aceptar el cruzar la fina línea que separa mi comodidad de tu preocupación...

Vivir descalzo ante Dios y con el Pueblo fue el *leit motiv* de aquel profeta de Madián que renunció a toda clase de privilegios y exclusivismos por participar de la misma suerte que su gente (Ex 32-34). Vivir descalzos ante Dios y

descalzos con el Pueblo es la llamada continua a la vida religiosa que le hace un Dios con rostro manchado, nombre propio e historia concreta.

A modo de conclusión o la misión de la Vida Religiosa Joven hoy

Vivir descalzos ante Dios y descalzos con el Pueblo es colmar el balbuceo de Moisés que, con sus palabras y acciones, iba prefigurando a quien se descalzaría del todo para calzarse plenamente la realidad del otro: Jesús. Por ello, la Vida Religiosa Joven, tanto los que estuvimos en Granada como los que no, anunciamos sin miedo, celebramos sin vergüenza, reconocemos sin máscaras ni armaduras, que nuestra esperanza se llama Cristo.

Si de algo tenemos que estar convencidos los jóvenes consagrados es de compartir el mismo punto de partida y el mismo fin.

Qué mayor plataforma de comunión que constatar, junto a Moisés, que en el principio de toda esta aventura de oír y ver con los sentidos de Dios tiene lugar el encuentro profundo y transformante con Él, conmoviendo los pilares de nuestra existencia hasta el punto de sabernos pequeños, mendicantes de su Gracia, descalzos. Al principio de nuestra vocación, por distinta que parezca, siempre está Dios llamándonos y lanzándonos a la misión.

Por tanto, si común es el principio, también lo es el final. La misión de transparentar que Cristo, el pleno Moisés, es nuestra mayor esperanza y se convierte hoy en el acicate para una verdadera comunión; la misión de creer en lo 'increíble' y esperar lo 'inesperable', pareciendo los bichos raros de nuestro entorno; la misión de saborear el silencio en medio del ruido y el escalofrío de alzar la voz cuando la cobardía impone silencio; la misión de atreverse a buscar, por todos los medios posibles, nuevos lenguajes y veredas para el anuncio profético; la misión de complicarnos la vida por el Reino, descalzándonos ante Dios y con el Pueblo; la misión de entrar en la zapatería de Dios y, paradójicamente, pedir calzarse los zapatos del otro... Ésta es la misión que nos une. Ésta es la misión que pone alas a nuestros pies. Ésta es la misión que compartimos en Granada y queremos seguir viviendo en cualquier rincón de nuestra geografía globalizada. Ésta es la misión de la Vida Consagrada, la misión de la Vida Religiosa Joven hoy.

DE CAMBOYA A EMAÚS

Claire LY

Claire Ly, madre de tres hijos, vive en Francia desde 1980. Claire fue profesora de Filosofía, nació budista y se convirtió al catolicismo. Hoy, a través de sus conferencias, la autora nos comparte su experiencia humana y espiritual invitando incansablemente a las dos religiones a progresar juntas.

Claire Ly enseña el budismo en el ISTR (Instituto de Ciencias y Teología de las Religiones) de Marsella. Su primer libro Revenue de l'enfer, (Mi regreso del infierno) publicado en Ediciones de l'Atelier, en 2002, traducido al italiano y al polaco, le dio la ocasión de evocar en toda Francia, a través de más de trescientas conferencias, la historia de Camboya y su camino de fe excepcional.

Original en francés

Sitúo mi compartir en tres partes. Os hablaré:

- de la mujer desplazada... 1er tiempo
- de la mujer inmigrada... 2º tiempo
- de la mujer discípula... 3er tiempo

Quisiera situar con vosotras estos tres tiempos en un contexto amplio de apertura. No voy a pararme tanto en mis propios sufrimientos, sino que trataré de ayudaros a ver cómo el hilo puede reanudarse después de cada ruptura dolorosa. Hago alusión, como os podéis suponer, al texto “*Llamadas a tejer...*”, que está en vuestra página web, elaborado durante vuestra Asamblea general en Roma, en el pasado mes de mayo. Un texto que me ha gustado mucho.

*Nuestra vida es como un tejido que se elabora,
un tejido del cual no sé lo que saldrá,
pero que se teje, en torno a nosotras, poco a poco,
sin modelo ni dibujo trazado.*

En cada uno de estos tres tiempos, situaremos juntas la ruptura y analizaremos los momentos en los que el hilo de la vida se anuda de nuevo para dar vida a un nuevo comienzo...

1º Ruptura : la mujer desplazada...

Entre 1975 y 1979, me volví extranjera en la tierra de mis antepasados...

Los desplazamientos masivos de la población son un arma temible utilizada, desde hace siglos, por los totalitarismos. Los Jemeres rojos utilizaron las tres armas corrientes de toda dictadura del siglo XX: el desplazamiento masivo de la población, el miedo y el hambre.

- El desplazamiento de la población tenía como fin dispersar todo núcleo de resistencia posible. Cada uno de nosotros perdía, así, sus puntos de referencia. La gente de las ciudades tenía la impresión de estar en un país desconocido cuando llegaba al campo. La gente del campo veía cómo rostros desconocidos invadían, en veinticuatro horas, su pueblo, su aldea... Tanto unos como otros no sabían quienes eran amigos o enemigos, realidad que causaba un desequilibrio psicológico importante.
- Los Jemeres rojos aprovechaban este desequilibrio psicológico para que naciera un miedo paralizante. Un miedo que nos hacía perder, a la mayoría de nosotros, la clarividencia de nuestra conciencia moral. Basculábamos, así, en la ignorancia que es vista por el budismo como la fuente de todo mal.
- El hambre acrecentaba el miedo hasta la desmesura. Teníamos miedo, ya no podíamos apoyarnos en la razón. Es imposible razonar bien cuando se priva al cuerpo de todo. Todo Jemer de nacimiento sabe, por su cultura budista, que las mortificaciones extremas no son condiciones favorables para desarrollar la meditación y la reflexión.
- *¿Cómo pensar « justo », cómo tener una comprensión « justa » cuando mi cuerpo ya no tiene los medios « justos » para la existencia? “Revenue de l’enfer” (página 51).*
- *El trozo de madera, en este mar desencadenado, es el odio, la cólera, la rebeldía. “Revenue de l’enfer”... (página 52)*

La ruptura : encontrarse extranjero en su propio país –separación importante entre la ciudad y el campo en Camboya- una separación que permite a los Jemeres rojos utilizar el odio de clases... **Pérdida de identidad** en la política del pueblo puro...

Tentativas para crear nudos nuevos: Utilización de materiales espirituales de mi tradición. Objeto mental para salir de los sentimientos negativos... Nombrar al Dios de los Occidentales – Un grito desnudo de una mujer que no buscaba en absoluto formarse una imagen...

Paradójicamente, la budista experimenta el sentimiento de estar acompañada... pero no tiene palabras para hablar de este acompañamiento... Miedo de hacerse ilusiones.

- De hecho, no sé lo que espero verdaderamente. El silencio es total, perturbado solamente por el ruido de mis pasos. Un silencio que desprende una quietud profunda. Es como si mi corazón se hubiera, por fin, reconciliado consigo mismo después de tantas traiciones, tantos odios, tantas venganzas.

¡Es un silencio tan extraño! No lo experimento sólo como ausencia de ruidos, sino como presencia habitada. “Revenue de l’enfer” (página 102)

Entonces, adviene como una **irrupción** en mi vida, de alguien o de algo **indecible**. El Dios Amor viene a caminar conmigo en el odio.

Resultado : La vida inicia de nuevo pero consciente de que no estoy sola sufriendo este infierno. Soy capaz de ver el sufrimiento de los demás, el sufrimiento de todo un pueblo... El acompañamiento de este Dios extraño hace que la budista que soy sea capaz de tener compasión... Consciente de pertenecer todavía a un grupo, a un pueblo...

2a. Ruptura : la mujer inmigrada..

En 1980, llegué a Francia con mis tres hijos, mi madre, mi hermana pequeña y mi hermano pequeño... como refugiada política... En el aeropuerto de Roissy nos acogió: “Francia, Tierra de Acogida”.

Ruptura importante: **ruptura de la cultura**....

Pero antes que nada, ¿qué es una cultura?

Cito la definición de la UNESCO, de 1982:

La cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Hace de nosotros, seres específicamente humanos, racionales, críticos y comprometidos...

Partiendo de la comprensión de la cultura como un conjunto de rasgos espirituales, intelectuales y afectivos que dan a cada persona la capacidad de reflexionar sobre sí misma, quisiera compartir con vosotras algunos elementos de reflexión.

La inmersión en otra cultura se vive, primeramente, como una **violencia psicológica**. Buscar conocer otra cultura produce un **descentramiento importante**.

Florence Lacour-Bourgoin, sobre el tema del exilio (Chemins d’exil, DDB, 1999,) dice: « **Cualquier forma de emigración produce por sí misma e inevitablemente, un tipo de desequilibrio. Cuando uno no siente su propia tierra bajo los pies, se pierde –y esto también hay que experimentarlo para comprenderlo- algo de su verticalidad, se pierde la seguridad, se vuelve uno más desconfiado respecto de sí mismo**”.

« *Dejar, es a veces ir, con sufrimiento, hacia el descubrimiento de sí*

mismo »...

Cuando vosotras viajáis al extranjero por un período corto, habláis de cambio, pero para las personas desplazadas, para los inmigrados, es la ruptura... Ruptura con la cultura en la cual ha sido uno formado.

Esta ruptura hace que la persona pierda su equilibrio, su verticalidad pues los gestos más sencillos de la vida se convierten en un quebradero de cabeza chino...

(La cortesía en los encuentros... Saludos ...)

El desequilibrio es el resultado de violencias psicológicas para las que estamos muy poco preparados...

La violencia de la lengua... Yo la viví por procuración... Mis hijos y mi propia madre...

En el aprendizaje del idioma, la buena voluntad no basta... Se necesita un cierto profesionalismo... Psicológicamente es importante tener un estatuto de estudiante como todos y cada uno... El aprendizaje de la lengua no se puede abordar como si fuera una obra de caridad.

El idioma francés es el primer elemento para ayudarnos a encontrar el equilibrio. Es la etapa necesaria para hacerse respetar... Sí, para hacerse respetar no basta chapurrear el francés, es necesario hablarlo, poder expresar sus ideas y decir lo más profundo de sí mismo en esa lengua extranjera. Sé bien que esto no está al alcance de todos los inmigrados...

Señalo de paso que una lengua se aprende sumergiéndose en el país mismo –estancia lingüística en el extranjero. *(Los franceses en Camboya y los extranjeros en Francia...)*

Hay un miedo ‘atornillado’ en el corazón de los padres inmigrados: el miedo a la **ruptura entre las generaciones**. Nosotros los inmigrados, sabemos pertinentemente, en nuestro fuero interno, que nuestros hijos van a ser “diferentes” a nosotros porque la cultura en la que están sumergidos no es la misma que la que nos ha formado.

El miedo de “ese otro” lleva a la construcción de un comunitarismo muy cerrado. Personalmente pienso que es más realista aceptar esta fractura, plantearla, analizarla con el fin de poder construir, después, el puente. Mientras que la fractura no se acepte, ningún proyecto de puente es posible.

Es un hecho. Es necesario aceptar que mi cultura de origen no sea forzosamente la de mis hijos. Ellos llegaron pequeños a Francia, y aprendieron a crecer en la cultura francesa. Ésta los acompaña en la construcción de su vida adulta. Para mis hijos, su cultura de origen es la cultura francesa... Si vuelven a la cultura jenera, ésta se convertirá en su cultura de adopción...

Ciertamente, mis hijos están impregnados de la cultura francesa, pero nunca serán como los franceses de pura cepa. Ellos han recibido de su madre otra manera de ver, otra manera de abordar las cosas esenciales de la vida.

Hay como otra música en su manera de ser francés. Esta música viene del encuentro con la cultura de origen de su madre...

Las rupturas: ser vista como alguien que molesta, como una asistida,

- Transparencia total... Pérdida de la verticalidad...
- Ruptura en la transmisión... Mis hijos no serán exactamente como yo. Tendrán otra cultura...

Anudar de nuevo: El hilo conductor que hace que la vida corra a raudales, una vez más, es un encuentro: el encuentro con el Evangelio de Jesucristo.

El Evangelio va a dar consistencia a mi persona y me permitirá encontrarme conmigo misma. Es muy duro ser transparente, ser aquella a quien toleran, ser objeto de la caridad de los demás.

Quizás es una parte de la Buena Noticia que Jesucristo viene a enseñarnos: vosotros existís por Alguien, tenéis precio para Él, estáis inscritos en la palma de Su mano... Pierre Claverie – “Petit traité de la rencontre et du dialogue” (Pequeño tratado sobre el encuentro y el diálogo - página 39.)

La libertad de Jesús de Nazareth.

No dejarse acaparar por ningún grupo, ni la familia, ni la religión.

Su fidelidad a él mismo.

Su capacidad de cuestionarse en el encuentro con la mujer sirofenicia (Marcos 7, 24).

Realizar que el Dios, Padre de Jesucristo, no es un Dios que se impone, sino un Dios que respeta la grandeza del hombre...

La Buena Noticia amplía la grandeza del hombre que se encuentra en el budismo.

El resultado : un deseo de hacerse discípula – oyente durante un año.

3ª Ruptura: la mujer discípula...

Convertirse en discípula de Jesucristo implica un gran cambio, un cambio de camino espiritual... Me volví una convertida...

Situación inédita : ser una convertida.

Cuando se entra en una nueva comunidad, nos dejamos acaparar, más o

menos, por ella. Al sentirse halagada por la acogida permitimos que nos pongan etiquetas... Las personas están contentas de presentar a los convertidos, « sus convertidos »... Se llega a ver su propia conversión sólo a través del “espejo fabricado por la comunidad”.

Intentaba expresar mi fe con las palabras que la comunidad católica de Francia me comunicaba. Pero estas palabras, desgraciadamente, sonaban huecas, no estaban integradas en mi vida... Vivía como si hubiera una desconexión entre mi vida de todos los días y mi fe cristiana... Vivía con mi imagen reflejada por el espejo fabricado por la comunidad...

En casi todas las comunidades religiosas, se ve la conversión como un cambio completo, es una visión nefasta. Uno piensa más o menos inconscientemente que el convertido ha cambiado radicalmente; antes era malo, ahora es santo... El famoso cambio radical de los filósofos... Incluso en la tradición budista se ve la conversión como un cambio radical.

Al principio, cuando me bauticé, me miraba en ese espejo. Veía mi conversión como normalmente se entiende: la conversión como cambio de religión, de tradición. La conversión que tanto gusta a las personas “religiosas” de todas las tradiciones. La conversión que tranquiliza a la comunidad que acoge sobre lo “bien fundado” de sus creencias, de sus ritos, de sus supuestas verdades...

Viví todo esto bajo la mirada crítica, incluso burlona, de la budista que había en mí... Esa mirada era la que justamente me impedía aceptar de lleno “la conversión ídolo”...

Mi ídolo, en esa época, era la conversión como un estado permanente de gracia... Me había vuelto cristiana, por lo tanto había sido lavada, estaba más blanca que la nieve... Pero ese estado no duró mucho tiempo... Este cambio me trajo dificultades importantes por el choque de las culturas.

Me sentía perdida, no lograba adherirme al discurso occidental de la Iglesia. Como escribió Maurice Bellet en *Passer par le feu*, Ed. Bayard:

“No imaginamos hasta qué punto nuestra religión cristiana es la religión del Occidente, hasta qué punto contiene elementos que pueden ser causa de crisis (o hundirse) muy importantes en la persona”.

En esta crisis dejé a mi tradición de origen, es decir al Budismo, cuestionar a mi fe cristiana.

El encuentro “dialogante” entre los dos modos de pensar en mí, iba a purificar cada día un poco más, mi “conversión”, mi percepción, mi comprensión del mundo, mi manera de captar las realidades de mi vida, mi manera de recibir la Palabra del Señor...

A este diálogo lo llamo, diálogo intra-religioso. Esta palabra intra-religioso

no es mía sino de Panikkar. El diálogo intra religioso habla del encuentro entre dos culturas, dos tradiciones espirituales en la misma persona. Para mí, es el encuentro entre la tradición budista y la tradición cristiana.

Yo no soy cristiana y budista, sino que soy una cristiana católica venida del budismo, matiz importante...

Este diálogo intra-religioso no es fruto de una **decisión intelectual, teológica o misionera** o de “sentarme” y argumentar sobre las dos culturas, sobre las dos religiones. No, yo no tengo la suerte de tener el **confort intelectual** de las personas que dialogan a través de conceptos filosóficos y religiosos. Yo me sentí llevada a este diálogo interior por un malestar, por un desasosiego. Siento una falta total de confort intelectual. Una inquietud, un no-confort que *actúa como una fuerza que descentra; es un salir de uno mismo.*

Para mi propio equilibrio personal tengo que responder a este desafío. Y el desafío no es otro que encontrar la armonía...

La armonía es el valor común para todos los países de Asia. Es considerada como verdadera vía espiritual, una vía que no destruye, una vía que establece un encuentro armonioso, como una sinfonía melodiosa, una sinfonía de colores...

Esta armonía, esta sinfonía se dibuja en mi vida a través del diálogo entre dos culturas, dos tradiciones espirituales, dos religiones.

Personalmente tardé mucho en atreverme a hablar en público de este diálogo interior, aun si lo vivía cotidianamente. El regreso a mi tierra natal fue lo que me dio la audacia de compartirlo en la plaza pública.

Sucedió a lo largo de esos viajes de “hacer memoria”, en el desgarrón, en el sufrimiento, como si la cristiana en mí preparara un espacio de hospitalidad a la budista que yo era. Por fin me atreví a escuchar con todo mi ser la voz de la budista.

La audacia de escuchar su voz se desprende paradójicamente de un sentimiento de pertenencia muy fuerte. El encuentro con los jemes católicos me hizo tomar conciencia de que soy hija de la Iglesia de Francia. Me beneficié de la solidez de esta ‘vieja dama’. Ella me estructuró en mi manera de vivir mi fe en Jesucristo, aunque a veces me enervaba su carga pesada, su lentitud. Me beneficié del confort intelectual y espiritual que mis compatriotas en Camboya no tienen... Esta pertenencia reconocida, aceptada e interiorizada, permite a la cristiana católica en mí, vivir un diálogo de vida con la budista en mí.

Este diálogo de vida dio a luz una **hospitalidad espiritual** entre la budista y la cristiana. Esta hospitalidad es vivida en un respeto sincero de una hacia la otra. Ninguna de las dos busca convertir a su compañera de camino, ni incluso convencerla de algo... Este compañerismo va más allá de todo sincretismo fácil.

Y va también más allá de todo relativismo licencioso. Es un camino de Emaús en donde Cleofás dialoga con su compañero antes de que el tercero se una a ellos.

En este camino de Emaús, las dos, hacemos la experiencia de que con frecuencia nuestro horizonte se amplía con nuestros intercambios, y presentimos algo indecible... La cristiana católica dirá: “Mi corazón ardía dentro de mí...” Y la budista dirá que se le han removido sus entrañas. Mi hígado y mi hiel... En este diálogo de corazón a corazón con la budista, la cristiana católica comprende la frase:

“No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolirla, sino a dar cumplimiento” Mt 5,17

Aquí no es el cristianismo el que da cumplimiento al budismo, sino que es el Espíritu del Señor quien lleva a su plenitud mi comprensión personal de las cosas esenciales de mi vida.

- Ruptura:** Llamado a ser discípula
- Reanudar :** Envío al encuentro de la budista en el diálogo
- Resultado:** Hospitalidad espiritual